

Adoración

Por Charles H. Welch

Retirado de *bibleunderstanding.com*

El Expositor de Berea

Vol.33, 34, 35

Con el título original: **Worship**

Traducción Juan Luis Molina

Adoración

1

El Significado del Término

La primera ocurrencia de la palabra “adoración” en la A.V. (y también en la Reina Valera) está en Génesis 22:5, cuyo significado vendrá a ser apreciado por todos los que sean conscientes de cuán cerca del corazón de toda doctrina se halla *la gran ofrenda* en dicho pasaje tanto en tipo como figura. Si bien la palabra “adoración” no aparezca más temprano, el estudiante de la Palabra sabe muy bien leyendo Génesis 3 que las palabras de la Serpiente, “Seréis como Dios”, no habrían sido un señuelo para nuestros primeros padres si la verdadera adoración y su central significado hubiera por ellos sido entendida. Además, de haberse iniciado Caín en el significado de la adoración, tal como hizo su hermano Abel, también habría disfrutado del agrado de Dios y Su aceptación, al igual que Abel, y así se habría evitado la maldición del asesino.

Aquellos que consiguen ver en Ezequiel 28 algo más que una referencia a un Rey común de Tiro, podrán percibir que, por detrás del juicio que causó el caos de Génesis 1:2, reside un ataque sobre la verdadera adoración, un gran deseo de usurpar aquello que es la sola prerrogativa Divina.

Si vamos ahora al final del libro sagrado y examinamos la crisis y el conflicto que allí se retratan, podemos con toda seguridad afirmar que, en gran parte, es un conflicto entre la verdadera y la falsa adoración. La adoración la hallamos a la vanguardia de los diez mandamientos, y se encuentra en cada sección de las inspiradas Escrituras. El corazón del redimido responde al llamamiento:

- “Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor” (Salmo 95:6).

La Redención, el evangelio, la profecía, la verdad dispensacional, todo esto es el patio exterior del templo de la verdad, sin embargo, el santuario interior, el objetivo y meta hacia la cual todo el propósito de las edades conduce, “Que Dios sea todo en todos”, es el resumen en palabra y hecho

de todo lo que significa la verdadera adoración. Un tema de tal calibre, que reside tan próximo del centro de toda verdad, debería, por tanto, recibir de parte de todos cuantos aman al Señor la más diligente y piadosa atención, pues, si en este punto estamos ciertos, tendremos con él un correctivo contra todos los demás males, tanto si son doctrinales, dispensacionales o prácticos. Por otro lado, si aquí estamos equivocados, estaremos expuestos a toda clase de asaltos del maligno.

En toda argumentación o estudio es necesario que los términos estén bien definidos. Así pues, debemos llegar a un claro entendimiento escritural en cuanto al significado de la palabra “adoración”, y además, de todo cuanto dicho término connota. Las inspiradas Escrituras no fueron dadas en nuestra lengua madre, sino en Hebreo, Caldeo y Griego, sin embargo, bajo examinación, la palabra castellana “adoración”, obtendrá sin problemas su significado original.

El significado de la palabra “adoración”. – La palabra adoración implica algo de “valor” o “digno” “honorable, y primariamente significa el reconocimiento de lo “precioso”, “digno”, en donde se halle. Antiguamente la palabra “adoración” no era tan restricta como al día actual, por ejemplo, Wycliffe nos da una sorprendente traducción de Juan 12:26, “Si alguno me sirviere, Mi Padre le *adorará*”, un uso de la palabra que al día de hoy no sería tolerado. En nuestra A.V., no en tanto, todavía podemos leer: “Entonces tendrás *adoración* delante de los que se sientan contigo a la mesa” (Lucas 14:10). En el servicio del casamiento que celebra la Iglesia de Inglaterra está contenida la palabra, la cual tiene que ser pronunciada por el marido, “Con mi cuerpo he de *adorarte*”, y sin embargo, no es idolatría, sino el reconocimiento de la alta posición de *honor* en la cual el marido considera a la mujer que se está ofreciendo a sí misma tan totalmente a su custodia. En Inglaterra todavía se usa el término “su adoración” dirigiéndose a un magistrado, y de ciertos Gremios se titulan y denominan una “adorable” compañía, sin transgredir con eso ni la enseñanza bíblica ni el buen gusto, pues tiene que ver con aquel primario reconocimiento de lo “valioso”, “digno”, “honorable”. En cada acto de adoración existe expreso o implicado el sentimiento, “Tú eres digno”, y proporcionalmente, con la progresión de los rangos en la escala del ser y la santidad de aquellos a quienes se dirige este reconocimiento, la “adoración” ofrecida va volviéndose más rica, más plena y más exclusiva.

Todo esto, no obstante, no hace otra cosa sino rozar tan solo lo superfluo del significado. Las únicas palabras que nos podrán desplegar la mente de

Dios en esta y en las demás materias de verdad, son las palabras inspiradas de la Sagrada Escritura.

Ahora vamos a examinar el Hebreo por vía del Griego del Nuevo Testamento.

1 *Proskuneo*. – Hay un superficial parecido en esta palabra a la Griega *kuon*, “un perro”, y algunos le han dado como primario significado de la palabra un, “agacharse, “gatear o “adular” como lo hace un perro a los pies de su amo”. Pero hay un sentido de degradación acerca de esta figura, y es enteramente contrario a cualquier concepto escritural de la “adoración” que el Padre procure a estos que se agachan, gatean y Le adulan como un perro. Hay otra palabra, poco usual en las Escrituras, pero utilizada en el Griego clásico, a saber, *kuneo*, “besar”, y es por esta raíz que Cremer, Thayer, H. J. Rose en sus comentarios de rodapié en la última edición de Parkhurst, y otros lexicógrafos, derivan esta palabra por “adoración”. *Proskuneo* significa propiamente, “besar la mano de alguno, en señal de reverencia”. Liddell y Scott dan ejemplos donde *kuneo*, “besar” se emplea en el sentido de *proskuneo*, “adorar”. La raíz *kus* se ha introducido en muchas lenguas además del griego. La anglo-sajónica *cooss*, la danesa *kys*, la alemana *kuus* y la inglesa *Kiss* son ejemplos de este caso que nos vienen rápidamente al pensamiento.

Las Escrituras, además, asocian el besar con adoración: “Y Moisés salió a recibir a su suegro, y se inclinó, y le besó” (Éxodo 18:7). La palabra traducida “se inclinó” se traduce “adoración” en noventa y nueve ocasiones en el Antiguo Testamento. Así pues, no hay duda alguna acerca de esta íntima asociación del beso con la adoración. Veamos los siguientes pasajes:

- “Y Yo hare que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ate Baal, y cuyas bocas no le besaron” (1ª Reyes 19:18).
- “Les dicen a los hombres que sacrifican, que besen a los becerros” (Oseas 13:2).
- “Si he mirado al sol...la luna...y mi corazón se engañó en secreto, y mi boca besó mi mano...habría negado al Dios soberano” (Job 31:26-28).

La nota al margen de Génesis 41:40 es también muy sugestiva. La A.V., dice, “Tú estarás sobre mi casa, y conforme a tu palabra será gobernado mi pueblo”. La palabra que aquí se traduce “palabra” es “boca”, la causa

puesta por el efecto, y “se gobernará” el verbo *nashaq*, “besar”, tal como en Génesis 48:10.

Así que, omitiendo el sentido del júbilo de un perro agachándose y manifestando su aprecio por su amo, bien podemos adoptar la definición que el Dr. Bullinger mantiene en su Léxico:

- “Postrarse uno mismo según la costumbre oriental, reverenciar, homenajear a cualquiera, arrodillándose o postrándose ante él (70 veces traducida por *shachah*, rebajarse, postrarse en reverencia)”.

2 *Sebomai, sebazomai, eusebeo*. – La palabra que acabamos de examinar se emplea del acto de adorar, mientras que, estas tres palabras que ahora vemos, se utilizan antes bien para con el sentimiento asociado, y no a la adoración en sí. El significado de *sebomai* es “asombrarse”. Nunca se utiliza en las epístolas. *Sebazomai* aparece tan solo una vez, y es en conexión con “la adoración (culto, en la Reina Valera) de las criaturas” (Rom.1:25). En los Hechos *sebasma* se utiliza una vez hablando de las “devociones” de los atenienses, y otra en 2ª Tesalonicenses 2:4 cuando habla de “Todo lo que se llama Dios o es objeto de “adoración” (culto, en la Reina Valera)”. Aunque *eusebeia*, “piedad” sí se emplea en las epístolas, en ninguno de los casos se traduce ahí “adoración”; su peso sobre la cuestión de la adoración del día presente debemos examinarlo posteriormente.

3 *Latreuo*. – significa “servir por encargo”, y cuando se relaciona a Dios significa “adorar”. Se emplea por Pablo en Filipenses 3:3 (servimos, en la Reina Valera).

4 *Therapeuo*. – se asocia generalmente con el servicio médico, y se deriva de *therapeuein*, “aguardar”. Proviene de una antigua raíz Sanscrita que significa “mantener o soportar”. Tan solo aparece una vez, esto es, en Hechos 17:25, “Ni es adorado por manos de hombres” donde la Reina Valera pone “honrado” y la R.V., “servido”.

5 *Threskeia*. – Esta palabra se refiere más bien al ceremonial y ritual, y no al significado interno de la adoración. Aparece en Colosenses 2:23 “en adoración (culto, en la Reina Valera) voluntaria”.

El Antiguo Testamento utiliza tres palabras, dos de las cuales no precisan que nos detengamos mucho en su examinación. *Segad* es Caldea, y se utiliza en Daniel 3, donde significa “arrodillarse, postrarse”, y *alab*, que es hebrea, y la encontramos traducida “adoración” tan solo en 2ª Reyes 10, donde se refiere a la adoración de Baal. La tercera palabra es *shachah*, y es equivalente de *proskuneo*.

Así como los tubos de tinta a oleo no producen en la mente el mismo efecto que una pintura, del mismo modo estas palabras bien pueden suplir el material, pero nada nos enseñan en cuanto al significado de adoración. Debe ser nuestro deleite, así como nuestro deber, utilizar estos materiales, y, bajo la guía del Espíritu, aprender algo de cuanto se entiende por la adoración de Dios.

2

La Adoración: su relación a la Guía, el Evangelio, el Sacrificio y la Revelación

La postura del cuerpo y sus implicaciones han ocupado la atención tanto de Doctores de Divinidad como de la Medicina. Una mala postura causa una pernicioso influencia tanto para el serio estudio como para la reverencia y adoración. Y una vez que encontramos la íntima asociación de “inclinación de la cabeza” con la adoración desde muy temprano en las Escrituras, comenzaremos nuestro estudio con una examinación de los pasajes en los cuales se halla esta expresión.

La palabra que se emplea es la hebrea *qadad*, y aparece quince veces. De ese número de referencias, nueve tratan con la adoración de Dios, y seis con varios actos de reverencia o temor en la presencia de hombre o de ángel. Siguiendo el Divino método de instrucción, comenzaremos con los tres pasajes que refieren al hombre, una vez que, después de todo, el inclinación de la cabeza en el acto de adorar a Aquel Quien es espíritu, tomado como está por esta muestra evidente de respeto humano, puede que no tenga un intrínseco significado en relación con Dios Mismo, Quien ve los pensamientos e intenciones del corazón, sea cual sea la postura que se adopte.

El primer par de referencias aparece en 1ª Reyes 1:

- “Entonces Betsabé entró en la cámara del rey; y el rey era muy viejo...y Betsabé *se inclinó* e hizo reverencia al rey. Y el rey dijo: ¿Qué tienes?” (vers.15 y 16).
- “Entonces Betsabé *se inclinó* ante el rey con el rostro a tierra” (vers.31).

Entre los dos versículos tenemos la declaración de una petición y su concesión. El sujeto del pedido de Betsabé era el cumplimiento del juramento de David en cuanto a que su hijo Salomón sería el sucesor al trono, pero eso no es lo que requiere ahora nuestra atención. Será suficiente observar que, haciendo su petición al rey, y en reconocimiento agradecido de la respuesta que se le dio, Betsabé “se inclinó e hizo reverencia” y “se inclinó con el rostro a tierra”.

El lector no se sorprenderá comprobando que tanto “inclinarse” como “hacer reverencia” aquí, son la traducción de la palabra hebrea *shachah*, “adorar”. Podemos tan solo y simplemente trasladar la actitud de Betsabé haciendo su petición ante un rey anciano y terrenal, en términos más altos, y ver su aplicación en el adorador que se acerca al “Rey Inmortal” con peticiones y acción de gracias.

Las dos referencias siguientes no precisan que nos alarguemos con muchos detalles. 1ª Samuel 24:8 nos dice que, después de haber librado a Saúl de la muerte, David dio voces detrás del rey e “inclinó su rostro a tierra, e hizo reverencia”. Tan solo nos detendremos a observar que la palabra “inclinarse” es la palabra que se traduce “reverencia” en las catorce restantes ocurrencias, mientras que la que aquí se traduce “reverencia” es la traducción de *shachah* “hacer reverencia”, o “adorar”. Las mismas palabras encontramos en 1ª Samuel 28:14, donde Saúl, consultando a la adivina de Endor, “percibió que era Samuel” y “se inclinó con su rostro a tierra, e hizo reverencia”. Si bien estos dos pasajes refieran ocasiones de muy distinta naturaleza, se vinculan a pesar de eso en que, ya sea David inclinándose y haciendo reverencia ante el ungido del Señor, o sea Saúl imaginándose que está ante la presencia de un milagro, la actitud común en ambos es de reverencia, tanto si es genuina o falsa.

La quinta referencia la encontramos en número 22:31, donde los ojos de Balaam se abren para ver al Ángel del Señor en el camino. Leemos “E hizo reverencia, y se inclinó sobre su rostro”. Aunque la palabra aquí traducida “se inclinó” sigue siendo *shachah*, “adorar”, esta es la única ocurrencia de

la palabra seguida por una tal expresión como es “sobre su rostro”, rebajando así su verdadero significado del temor reverente, al puro susto, dejándonos así catorce ejemplos del uso de la palabra “inclinarse” asociada con el más alto y superior significado de reverencia o adoración.

La otra referencia restante en esta serie está en Génesis 43:28, donde los hermanos de José “se inclinaron e hicieron reverencia”, cumpliendo así el sueño que había anteriormente despertado la envidia, y además, también presagia el día cuando Israel mire a Aquel a Quien traspasaron, y le rindan el honor y reconocimiento de tanto tiempo atrás debido.

Ahora hemos reservado para nuestra meditación las nueve ocurrencias de *qadad*, “inclinarse”, todas las cuales están definitivamente asociadas con la adoración de Dios.

A medida que vamos avanzando persiguiendo este tema debemos tener en mente que estamos procurando una más plena iluminación sobre la esencial natura de la verdadera adoración. Una satisfactoria definición de la adoración es difícil de encontrar, y se espera que el presente estudio venga a ser una provechosa contribución al respecto. Las nueve referencias las hallamos en Génesis 24:26 y 48; Éxodo 4:31, 12:27 y 34:8; 1ª Crónicas 29:20; 2ª Crónicas 20:18 y 29:30 y Nehemías 8:6.

El primer par nos muestra la adoración en la presencia de *la guía* más evidente. Abraham había enviado a su siervo a Mesopotamia a procurar una esposa para su amado hijo Isaac. Así que allí llegó, el siervo hizo con que los camellos se arrodillasen para beber del pozo y oró:

- “Oh Jehová, Dios de mi señor Abraham, dame, te ruego, el tener hoy buen encuentro, y haz misericordia con mi señor Abraham. He aquí yo estoy junto a la fuente de agua, y las hijas de los varones de esta ciudad salen por agua. Sea, pues, que la doncella a quien yo dijere: Baja tu cántaro, te ruego, para que yo beba, y ella respondiere: Bebe, y también daré de beber a tus camellos, que sea esta la que Tú has destinado para tu siervo Isaac; y en esto conoceré que habrás hecho misericordia con mi señor” (Gén.24:12-14).

En esta oración tenemos una fe deliciosamente robusta, y sin embargo, sumamente sencilla; una fe que a Dios mucho le plació honrar. Antes que el siervo hubiera acabado de hablar, se ve a Rebeca aproximándose,

cargando su cántaro, no sobre su cabeza, sino sobre su hombro, indicándonos así, tal como algunos han dicho, su más alta casta. Thomson, de su libro “*El Territorio y el Libro*”, es digno que cite aquí:

- “Ella descendió a la fuente; y es que casi todos los pozos o fuentes de agua en el Oriente se halla en vados, y muchos tienen escalones para bajar hasta el agua. Eliazar le pide agua para beber, y ella con soltura baja el cántaro en su mano. ¡Cuán a menudo me hallé a mi propio en esta misma experiencia, viajando por esta tierra tan árida! Rebeca le dice al siervo, “Bebe, señor mío” – *ishrub ya seedy* - en este exacto idioma te será ofrecida por la primera gentil Rebeca que te encuentres y a quien le pidas agua”.

Leyendo estas palabras, la oración de Eliazar, a primera vista, parece que pierde su punto. Si fuese tolerablemente cierto que cualquier damisela en el Oriente así respondería (como en el caso de nuestro Señor Jesucristo en el pozo de Samaria), no parece que se haya avanzado mucho en cuanto a la identificación de la futura esposa de Isaac. No obstante, el comentario de Thomson continúa, diciendo:

- “Pero yo nunca me encontré a ninguna joven tan generosa como esta digna hija de Betuel. Ella providenció para todos sus camellos, y por nada, ni mismo por dinero que yo les ofrecía, encontré yo a nadie que estuviese dispuesto a darle de beber a mi caballo, o tan siquiera refrescarlo”.

Que estuviese así dispuesta a saciar su sed, dando de beber a estas sedientas criaturas que son los camellos, fue una prueba de valor, e indicaría una excepcional generosidad natural en la persona procurada. Así que bien podemos entender que el siervo “estaba maravillado de ella, callado, para saber si Jehová había prosperado su viaje, o no”. Pero cuando descubrió que la damisela era efectivamente Rebeca, la hija de Betuel, el hijo de Milca, “se inclinó, y adoró a Jehová, y dijo: Bendito sea Jehová, Dios de mi amo Abraham, que no apartó de mi amo Su Misericordia y Su verdad, guiándome Jehová en el camino a casa de los hermanos de mi amo” (Génesis 24:26, 27).

Aquí tenemos alimento para el pensamiento y luz irradiando sobre la natura de la adoración. La adscripción de “bendito sea” a Dios, la referencia a Su “misericordia y verdad”, y la más que evidente *guía* de

Eleazar, todo combina para providenciarnos una cálida y viva atmósfera en la primera referencia a la “adoración” en asociación con la palabra llave que estamos al presente utilizando, *qadad*, “inclinarse”.

El Libro de la Redención, el Éxodo, contiene tres ocurrencias de *qadad*. La primera está en Éxodo 4:31, después que Moisés y Aarón habían demostrado por palabra y señales que el Señor visitaba a los hijos de Israel y había visto su aflicción. Este afligido pueblo hizo dos cosas asociadas, “creyeron...e inclinaron su cabeza y adoraron”. Aquí por tanto la adoración surge por creer las buenas nuevas de salvación. Tiene por tanto que ser tan espontánea como nuestra respiración, y tan solo puede llevarse a cabo y ofrecerse por gente creyente.

La segunda referencia se encuentra en Éxodo 12, el capítulo de la Pascua. Dios ya había redimido Su promesa; había visitado a Su pueblo y, cuando Moisés les encomendó que anualmente recordasen llevando a cabo esta gran Pascua liberadora y le enseñasen a sus hijos su significado, el pueblo, siendo de algún modo consciente de la natura de esta gran salvación, “se inclinó y adoró” (Éxodo 12:27). Debe observarse también que, “adoración” e “inclinación de la cabeza” se asocian de manera muy cercana a la “reverencia”, pues el versículo siguiente nos dice: “Y los hijos de Israel fueron e hicieron puntualmente así, como Jehová había mandado a Moisés y Aarón”.

La tercera referencia está en Éxodo 34:8. Moisés había orado al Señor para que le mostrase Su Gloria. El Señor le contestó:

- “Yo haré pasar todo Mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente. Dijo más: No podrás ver Mi rostro, porque no Me vera hombre, y vivirá” (Éxodo 33:19, 20)

Moisés entonces es puesto en la hendidura de una peña y, al tiempo que la gloria del Señor pasaba, a Moisés en dicha hendidura le cubrió su rostro la mano del Señor. Tan solo se le permitió recibir una revelación conforme a la capacidad que Moisés podía digerir, y así, cuando el Señor se alejaba, entonces quitó Su mano, y Moisés tan solo pudo ver Su “costado”. A seguir viene la escritura del nuevo trato en las tablas de piedra, la proclamación del nombre del Señor, Su misericordia y justicia: “Entonces

Moisés, apresurándose, bajó la cabeza hacia el suelo y adoró” (Éxodo 34:8).

Es muy significativo observar que en los cuatros notables pasajes revisados hasta ahora aparezca la palabra “apresurarse” (la hebrea *mahar*).

- “Y bajó *prontamente* su cántaro de encima de sí” (Gén.24:46).
- “Entonces José *se apresuró*, porque se conmovieron sus entrañas a causa de sus hermanos” (Génesis43:30).
- “Y los egipcios *apremiaban* al pueblo, *dándose prisa* a echarlos de la tierra” (Éxodo 12:33).
- “Entonces Moisés, *apresuradamente*, bajo la cabeza...y adoró” (Éxodo 34:8).

Intentar hacer un análisis de esta expresión y considerar todo su peso sobre el tema que tenemos delante, nos llevaría demasiado tiempo y espacio, y así no permitiría que diésemos lugar para las restantes referencias, si bien que algunos lectores puedan estar suficientemente interesados en seguir estudiándolo.

Como resultado de esta revelación de la divina bondad divina, leemos: “He aquí, la piel de su faz resplandecía”, aunque él no lo sabía.

Los tres pasajes del Éxodo asocian la adoración con la creencia del típico evangelio, con el memorial de la típica pascua, con la proclamación del nombre del Señor, Su bondad, Su misericordia, Su justicia, y con el efecto de transfiguración del rostro de Moisés - un presagio del ante-tipo, esto es, la mudanza que se da cuando “todos nosotros, mirando *a cara descubierta*, como en un espejo la gloria del Señor, *somos transformados* de gloria en gloria en la misma imagen, como por el espíritu del Señor” (2ª Corintios 3:18).

Antes que acabemos de atravesar las referencias que emplean la palabra *qadad*, “inclinarse”, todavía nos aguardan cuatro episodios que nos arrojan mucha luz, pero dichas referencias tendremos que reservarlas para nuestro próximo artículo. En este hemos visto la adoración asociada con *la guía, el evangelio, el sacrificio y la revelación*, cada uno de los cuales tiene su par paralelo en la más plena enseñanza que encontramos en el Nuevo Testamento, y consecuentemente, demanda una más plena y alta adoración que la disponible y posible en la dispensación de los tipos y las sombras.

3

Más ejemplos e ilustraciones de la *adoración*

Continuando nuestra examinación de aquellos textos que contienen referencias tanto a la “adoración” como al “inclinarse la cabeza”, ahora pasamos de los días de Moisés al tiempo de los Reyes; a *David*, y la ofrenda hecha tanto por el rey como el pueblo para la edificación del templo (1ª Crónicas 29).

En el capítulo anterior (1ª Crónicas 28) encontramos que David había reunido a los príncipes y oficiales para relatarles cómo tenía en su corazón el deseo de edificar una casa de reposo para el Arca del Pacto, y cómo ya estaba listo para edificarla, pero el Señor había intervenido en su decisión, diciéndole que, visto que él, David, había sido un hombre de guerra, él no podría ser quien le edificase Su casa de reposo, sino que Salomón, su hijo, lo haría, una vez que subiese como su sucesor al trono. Después de haber exhortado públicamente a Salomón a ser fiel, David le dio el modelo de la casa y sus utensilios de servicio que él propio había antes recibido de parte del Señor. Posteriormente, en el último capítulo de Crónicas, se hace un recuento de cómo, después que al pueblo se le informó acerca de la laboriosa preparación por la edificación de la casa requería, David les hace un apelo diciendo: “Y quién quiere hacer hoy ofrenda voluntaria a Jehová” (vers.5). La respuesta del pueblo fue magnífica. Primeramente los príncipes, y a seguir todo el pueblo, todos “ofrecieron voluntariamente” (vers.6 y 9). En la declaración que viene a seguir, cuando David bendijo al Señor delante de toda la congregación, esta generosidad de corazón vuelve a repetirse como un estribillo (vers.14, 17). La subsecuente exhortación, “Benedicid ahora a Jehová vuestro Dios”, es seguida por adoración, “Entonces la congregación bendijo a Jehová Dios de sus padres, e inclinándose adoraron delante de Jehová y del rey” (vers.20). Si nos preguntamos e inquirimos acerca de lo que “benedicid al Señor” implica y envuelve, tenemos una respuesta aquí en el lenguaje de David, sugiriendo que es el reconocimiento de toda Su gracia y gloria:

- “Bendito seas Tú, oh Jehová, Dios de Israel nuestro padre, desde el siglo y hasta el siglo. Tuya es, oh Jehová la MAGNIFICENCIA, y el PODER, la GLORIA, la VICTORIA y el HONOR; porque todas las cosas que están en el cielo y en la tierra son Tuyas. Tuyo es el REINO, y Tú eres excelso sobre todos. Las RIQUEZAS y la GLORIA proceden de Ti, y Tú dominas sobre todo; en Tu mano está la FUERZA y el PODER, y en Tu mano el hacer GRANDE y el dar PODER a todo. *Ahora, pues*, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos Tu glorioso nombre” (1ª Crónicas 29:10-13).

La adoración contiene más, pero nunca menos que esta gran adscripción de alabanza. Grandeza que es intrínsecamente Suya, y grandeza que tan solamente se encuentra a Su disposición. Un Dios Quien es soberano, y un Dios de gracia soberana. A la par con esta gloriosa adscripción se halla el reconocimiento de la fragilidad humana: “nuestros días sobre la tierra son como sombra que no dura”. Este reconocimiento realmente nos enseña que. Todo y cada servicio que podamos alguna vez rendirle al Señor, no podrá realizarse sino empleando los dones que Él haya derramado previa y originalmente sobre nosotros:

- “Porque, ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? PUES TODO ES TUYO, Y DE LO RECIBIDO DE TU MANO TE DAMOS...Oh Jehová, Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos preparado para edificar casa a Tu santo nombre, DE TU MANO ES, Y TODO ES TUYO” (1ª Crónicas 29:14-16)”.

Estos capítulos contienen abundante material por los cuales ya podemos determinar un buen concepto de lo que la verdadera adoración implica, y es por eso que encomendamos a nuestros lectores la conveniencia de volverlos a leer de manera cuidadosa y en oración.

De David pasaremos ahora a la historia de otro rey, a saber, *Josafat*, y el triunfo de la alabanza (2ª Crónicas 20:1-30). El relato comienza con la amenaza de una invasión llevada a cabo por Moab (vers.1, 2) y acaba con el “reposo y paz” (vers.30). El temor de Moab (vers.3) se muda por el pavor de Dios recayendo sobre todos los reinos de aquella tierra cuando oyeron que el Señor peleaba contra los enemigos de Israel (vers.29). El pueblo se había reunido conjuntamente para pedir la *ayuda* del señor

(vers.4), y cuando terminó la batalla se volvieron a reunir para bendecir al Señor (vers.26-28).

La sección central del relato se divide de la siguiente manera:

A| 5-13. Oración y Confesión.

B| 14-17. Profecía: Dada.

A| 18, 19. Alabanza y Adoración

B| 20-25. Profecía: Cumplida.

Josafat en su oración reconoció que el Señor Dios no tan solamente era el Dios de sus padres en relación al pacto, sino que además el Dios en el cielo, Quien gobernaba también sobre los enemigos paganos, y su oración por la liberación de la ingrata invasión de Amón y Moab se fundamenta en estos dos hechos. La oración termina con una confesión: que Israel no tenía ni el poder ni la sabiduría en todo lo que sucedía:

- “¡Oh Dios nuestro! ¿No los juzgarás Tú? Porque en nosotros no hay fuerza contra tan grande multitud que viene contra nosotros; no sabemos qué hacer, y a Ti volvemos nuestros ojos. Y todo Judá estaba en pie delante de Jehová, con sus niños, sus mujeres y sus hijos.” (2ª Crónicas 20:12-13).

Esta oración se responde por la profecía de Jehaciel, cuyo nombre significa “Dios revela”, quien dijo:

- “No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios...no habrá para que peleéis vosotros en este caso; paraos, estad quietos, y ved la salvación de Jehová con vosotros” (vers.15-17).

Después de oír estas palabras, “Josafat se inclinó rostro a tierra, y asimismo todo Judá y los moradores de Jerusalén se postraron delante de Jehová, y adoraron a Jehová” (vers.18).

Una vez más habló Josafat, esta vez al pueblo: “Creed en Jehová vuestro Dios, y estaréis seguros; creed a Sus palabras, y seréis prosperados” (vers.20). Después consultó con el pueblo para fortalecer su actitud, y en resultado los cantores fueron asignados a “alabar vestidos de ornamentos sagrados”:

- “Y cuando comenzaron a entonar cantos de alabanza, Jehová puso contra los hijos de Amón, de Moab y del monte de Seir, las emboscadas de ellos mismos que venían contra Judá, y se mataron los unos a los otros...cada cual ayudó a la destrucción de su compañero” (2ª Crónicas 20:22, 23).

Al cuarto día se reunió en asamblea el pueblo en un valle, y desde allí bendijeron al Señor, y el lugar se llamó desde aquel día el Valle de Baraca, o Bendición (vers.26).

Aquí por tanto tenemos otro vivo contexto asociado con el significado y los complementos de la adoración. Los adoradores confiesan que no tienen fuerza ni sabiduría en sí propios, sino que creen al Señor y a Sus profetas; se paran firmes en el campo de batalla, armados, no con armas conocidas de los hombres, sino con alabanza, resaltando con ella la belleza de la santidad y acabando en adoración, bendiciendo al Señor. Aquel que contemple a Cristo como siendo la “fuerza” y la “sabiduría” de Dios, verá en este pasaje muchas cosas que le iluminarán en este gran sujeto de la “adoración”.

Volviendo ahora a 2ª Crónicas 29, nos encontramos con el reinado de *Ezequías* y la restauración de la adoración llevada a cabo bajo su mandato. Su primer acto registrado fue “abrir las puertas de la casa del Señor” y su reparación. Los sacerdotes y Levitas fueron reunidos en asamblea, y santificándose ellos purificaron el templo y el patio exterior en “el día primero del primer mes”. Las víctimas ofrecidas fueron apropiadamente seleccionadas, y la reconciliación se realizó con su sangre, “porque por todo Israel mandó el rey hacer el holocausto y la expiación” (vers.24).

- “Y cuando acabaron de ofrecer, se inclinó el rey, y todos los que con él estaban, y adoraron” (2ª Crónicas 29:29).

Una vez que cumplieron la consagración y la expiación, la congregación trajo voluntariamente las ofrendas de acción de gracias, pero como el número de ofrendas era muy grande, y el número de los sacerdotes reducido, los Levitas les ayudaron hasta que acabaron la obra, y hasta que los demás sacerdotes se santificaron; porque “los Levitas fueron más rectos de corazón para santificarse que los sacerdotes” (vers.34). Al final del capítulo leemos: “Y se alegró Ezequías con todo el pueblo, de que Dios

hubiese preparado al pueblo; porque la cosa fue hecha rápidamente” (vers.36).

Tenemos mucho que aplicar en nuestros corazones de este relato, especialmente la gran amplitud de puntos de vista que contiene y manifiesta. Las diez tribus, conocidas en su conjunto como “Israel”, se habían separado de Judá, siendo en ese tiempo Oseas rey de Israel, en cuyo noveno años de reinado (que coincidía con el primero de Ezequías) fue tomada Samaria, e Israel llevada cautiva. Ezequías no excluyó a los cautivos de Israel, sino que les reservó lugar en este gran servicio e insistió (como anteriormente hemos referido) diciendo que, en las ofrendas, debían ser partícipes “*todos los de Israel*” (vers.24). Esta expresión es comparable con el uso repetido que encontramos, “*todos los santos*”, en el Nuevo Testamento, y nos revela un posterior y más completo aspecto de la adoración, sin tener en cuenta la presencia o ausencia de muchos que deberían haber hecho parte de la congregación.

El segundo punto importante es el empleo de los Levitas, que fueron “más rectos de corazón” actuando por los sacerdotes, quienes eran pocos en número para la obra. Esto también debe tenerse en cuenta en días como los que actualmente vivimos. Aún mismo en la epístola a los Filipenses venimos a descubrir que había “obispos y diáconos”, sin embargo, dudamos mucho que tales oficios existan o tengan el mismo grado de santidad al día de hoy. No obstante, la adoración de Dios sigue siendo acepte.

Una ilustración más de este principio se encuentra en 2ª Crónicas 30:15-19. Aquí, tal como se requería en la ley de Moisés, la pascua se celebró al día 14 del *segundo mes* (vea Números 9:6-13), siendo los Levitas los que sacrificaban las víctimas de todos cuantos no se habían purificado.

- “Porque una gran multitud del pueblo...no se habían purificado...y comieron la pascua, no conforme a lo que está escrito. Mas Ezequías oró por ellos, diciendo: Jehová es bueno, sea propicio *a todo aquel que ha preparado su corazón* para buscar a Dios, a Jehová el Dios de sus padres, aunque no esté purificado según los ritos de purificación del santuario. Y oyó Jehová a Ezequías y sanó al pueblo” (2ª Crónicas 30:18, 19).

A los ojos del Señor “preparar el corazón” cuenta bien más que las ceremonias y ritos de la purificación, y esta es una palabra de gracia muy pertinente en los días actuales en los cuales procuramos adorar a Dios.

Ahora vamos a ver la última de esta serie de referencias donde “el inclinar la cabeza” se asocia con la “adoración”, y los últimos días de *Nehemías* y *Esdras* cuando la Palabra de Dios fue abierta a los ojos de todo el pueblo (Nehemías 8:1-8). Aunque al abandono, el templo de Ezequías todavía se encontraba en pie, pero la ciudad en los días de Nehemías se hallaba en ruina. La reconstrucción del muro ya se había iniciado, y las fundaciones del nuevo templo ya se habían depositado, pero en medio de estas dos obras viene la historia de Nehemías 8. Ezequías “abrió” las puertas del templo; Esdras “abrió” el libro. Pero en el reavivamiento del día de Ezequías los adoradores se juntaron “como un solo hombre en la plaza”. Aquí no había altares, ni cantores, ni música, sino que en vez de elaboradas ceremonias ordenadas por la ley, lo que aparece es “el libro de la ley” y un “púlpito de madera”. Los Levitas estaban presentes, pero no para desollar los sacrificios ni ofrecer el cordero Pascual, sino para hacer con que “el pueblo comprendiese la ley” (Nehemías 8:7). La gran característica central de toda esta conmovedora historia giraba en vuelta del “púlpito de madera” puesto más alto que todo el pueblo. El sacerdote Esdras no es visto aquí llevando a cabo oficio alguno desde un altar, sino que, puesto en pie en dicho estrado de madera, “abrió el libro a la vista de todo el pueblo”. Y cuando el libro fue abierto, el pueblo se mantuvo atento en reverencia y

- “Bendijo entonces Esdras a Jehová, Dios grande. Y todo el pueblo respondió: ¡Amén y Amén! Alzando sus ojos, y se humillaron, y adoraron a Jehová inclinados a tierra...y leían el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura” (Nehemías 8:6-8).

En muchos sentidos los días de Nehemías son similares a nuestros días. La organizada religión ha fracasado. Las señales externas de la fe han desaparecido. Como un baluarte en una inundación tan solo aparece un púlpito de madera hecho de propósito para la ocasión, y alrededor del “libro abierto” se mantiene atento y adorando la multitud. Hoy en día nuestro Sumo Sacerdote está en el cielo. No tenemos altar alguno aquí en la tierra. El sacrificio ya fue ofrecido, y jamás volverá a ser repetido; el punto central de nuestra reunión ahora no es un altar sino un estrado, un púlpito; el gran ministerio ahora no tiene ya nada que ver con el

derramamiento de sangre de bueyes o carneros, sino con la predicación de la Palabra que deja de lado todos los tipos y símbolos y se centra tan solo en la obra acabada de Cristo, Quien ahora está sentado a la diestra de Dios.

Si lo consideramos en oración, hay muchas cosas en esta serie de estudios sobre lo cual la mente iluminada puede meditar, y así adquirir conocimiento en el tema de la “adoración en espíritu y en verdad”.

Ahora debemos volver nuestra atención a otros aspectos de este tema tan importante, y estamos seguros de que, cuando nuestra indagación termine, tendremos un más claro entendimiento de lo que está envuelto cuando nos referimos a la adoración de Dios.

4

Adoración y Libertad

Ya hemos visto algunos aspectos en cuanto a la naturaleza de la adoración siguiendo la guía que se nos ofrece por el uso de la expresión “inclinarse”, “humillarse”. Pero hay, claro está, otros cauces de pensamiento que debemos también perseguir, y uno que nos viene inmediatamente a la mente es la conexión entre la palabra “adoración” y “servicio”.

La palabra hebrea *Ebed*, “un siervo”, y *Abad*, “servir” resultan familiares en nombres tales como *Abdías* (Siervo de Jehová), y *Obed* (Sirviente), el hijo de Rut, y padre de Jetsé. El profeta Isaías, además, tiene mucho que decir de Israel, del Siervo del Señor, y de aquel Quien es llamado “Mi Siervo, a Quien Yo sostendré” (Isaías 42:1). *Ebed* es la equivalente hebrea de la griega *doulos*, “un siervo”, tal como en Romanos 1:1.

La palabra *shachah*, “adorar”, aparece por encima de ciento y noventa veces en el Antiguo Testamento, al tiempo que *abad* aparece por encima de doscientas y ochenta veces. Con números de tal magnitud, la cantidad de trabajo envuelto en determinar el número de referencias en las cuales “servir” y “adoración” aparecen conjuntamente, tan solo vendrá a apreciarse por aquellos que realmente hayan llevado a cabo investigaciones de este tipo. No vamos a ser dogmáticos, pero en todo lo que llevamos investigado hasta aquí, hemos observado que no hay ni un solo pasaje en el

Antiguo Testamento donde “servir” y “adoración” aparezcan juntos cuando el contexto tiene que ver con *la adoración de Dios*. Por otro lado, tenemos noventa referencias donde las dos palabras aparecen juntas en conexión con *la adoración de otros dioses*. No vamos a citar las noventa ocurrencias, pero tal vez al lector le gustaría tener consigo algunas de las referencias.

Ordenanzas en la Ley concernientes al “servicio y la adoración” de otros dioses:

Éxodo 20:5; 23:24, Deuteronomio 4:19; 5:9; 11:16, 17:3; 29:26, 30:17.

Referencias al “servicio y la adoración” de otros dioses en los profetas:

1ª Reyes 9:9; 16:31; 22:53, 2ª Reyes 21:3; 2ª Crónicas 7:22; 33:3; Jeremías 13:10; 22:9; 25:6.

Hay un pasaje donde se hace una discriminación entre los “adoradores” de Baal, y los “siervos” del Señor (2ª Reyes 10:23). A medida que fuimos considerando estas referencias, siempre tuvimos en mente las bien conocidas palabras “Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás”. Y sin embargo estas palabras no aparecen en ninguno de los pasajes que hemos ido reuniendo. Al lector no será preciso recordarle que las palabras aludidas aparecen en Mateo 4:10 en conexión con las tentaciones de nuestro Señor en el desierto, pero aunque el Salvador emplease las palabras, “escrito está”, debe admitirse que dicho texto nunca aparece en nuestras Escrituras del Antiguo Testamento. No en tanto, cuando vamos a la Versión Septuaginta, encontramos que Deuteronomio 6:13 se cita palabra por palabra de la versión, excepto por la única palabra “adoración”. En Mateo 4:10 la palabra griega es *proskuneo*, pero en la Septuaginta de Deuteronomio 6:13 la palabra griega es *phobeo*, “temor”, una correcta traducción de la hebrea *yare*. Aquí nos encontramos con un problema de primera magnitud, pero tenemos que considerarlo más apropiadamente bajo el encabezado de *Citaciones del Antiguo Testamento en el Nuevo*, y no bajo el simple encabezado de la “Adoración”. De momento, tal vez sea suficiente si citamos las palabras con las cuales comienza el Apéndice 107 de *La Companion Bible*:

- “Es un hecho comprobado que, en las citas del texto del Antiguo Testamento, algunas cosas difieren del hebreo.
- Las dificultades que encontramos en conexión con el sujeto surgen por pensar y hablar tan solo del agente en cuanto al escritor, en vez de tener en cuenta el hecho de que la Palabra de Dios es el registro

de las palabras que Él Propio empleó cuando habló “en diversos tiempos y de varias maneras”...negándole así al Divino Orador y Autor el derecho que por su vez reclama todo y cada escritor humano por sí”.

Mateo 4:10 se incluye en una lista de doce tales pasajes donde las palabras de la citación varían “por omisión, adición, o transposición”. En Su trato con Satán, el Salvador adoptó la versión Septuaginta con la sustitución de *proskuneo* por *phobeo*, y la adición de la palabra “solo” debido a Su propio y sabio propósito.

De vuelta ahora a la cuestión general, debemos intentar descubrir el por qué las palabras “servir” y “adoración” tienen que emplearse juntamente cuando se habla de idolatría, y sin embargo no se emplean cuando el objeto del servicio o la adoración es el verdadero Dios. ¿Podremos realmente “adorar” a Dios, si no le “servimos”? ¿Podremos esperar que cualquier “servicio” que le rindamos puede serle acepte si la “adoración” se encuentra ausente? Estos son los problemas con los cuales nos encontramos, y no debemos procurar solucionarlos en los escritos de los hombres. La respuesta, si de alguna manera se obtiene, tiene que provenir del mismo cauce que ha provisto el problema, esto es, la Palabra de Dios por sí.

En el Salmo 105:42 a Abraham se le llama “siervo” del Señor, pero a Melquisedec, que era un sacerdote, y por tanto conectado con la adoración, no se describe así. Moisés, también, es llamado un “siervo” (Josué 1:1, 2), pero no el sacerdote Aarón. Josué, el Capitán de las huestes del Señor, es referido como un “siervo” del Señor (Josué 24:29), pero no así el sacerdote Eleazar. A David se le da el título de “siervo” del Señor (Salmo 18 y 89:3), pero no al sacerdote Abiatar. Eliaquim, el maestro de la casa de Ezequías, es llamado un “siervo” (Isaías 22:20), también el profeta Isaías (Isaías 20:3); pero no el sacerdote Hilcías. El propio pueblo, tanto si se le denomina “Jacob” (Isaías 44:1) como “Israel” (Isaías 49:3), son denominados el “siervo” del Señor, pero su servicio sacerdotal se reserva para un día futuro (Isaías 61:6). Y aun mismo en el caso de Cristo, de Quien se dice proféticamente “Mi siervo” (Isaías 42:19) y “Mi siervo el Renuevo)” (Zacarías 3:8), tenemos el testimonio de la Escritura diciéndonos que “Si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote” (Hebreos 8:4). Así, pues, ¿cuál es la razón de esta exclusión tan consistente del “servicio” de en medio de la “adoración”?

A pesar, no obstante, de esta evidente separación de las palabras “adoración” y “servicio” cuando se emplean del Señor, está claro que, cuando el Señor le prometió a Moisés, “Serviréis a Dios sobre este monte” (Éxodo 3:12), y cuando le ordenó al Faraón, “Deja ir a Mi hijo, para que Me sirva” (Éxodo 4:23), dicho “servicio” concernía en gran medida un acto de adoración, pues leemos que Moisés demandó del Faraón “sacrificios y holocaustos que sacrifiquemos para Jehová nuestro Dios” (Éxodo 10:25). Además, el memorial de la Pascua es denominado un “servicio” (Éxodo 12:25, 26), igual que la fiesta de los panes sin levadura (Éxodo 13:5), pero estas también son llamadas “ordenanzas” (Éxodo 12:14, 17, 24, 43; 13:10). El cuidado de los utensilios del tabernáculo (Números 3:7, 8) en el ministerio de Aarón y sus hijos fueron todos “servicio” (Números 18:7), así como también lo fueron los elementos individuales de este tal ritual como el de: los “vasos” (Éxodo 27:19), las cosas de oro, plata, bronce, y las pieles, lino fino, incienso y aceite (Éxodo 35).

Así pues, debemos tener en cuenta dos hechos:

1. La “adoración” no se emplea con la palabra “servicio” cuando dicha adoración se dirige a Dios; tan solo así se adscribe cuando se emplea de la idolatría.
2. Por otro lado, la obra de los Sacerdotes y Levitas en conexión con los sacrificios, oraciones y otras ceremonias relativas al tabernáculo se denomina libremente “servicio”.

Los profetas Isaías y Jeremías tienen algunas cosas que decir en relación con el servicio del templo. En Jeremías 7 leemos:

- “No fieis en palabra de mentira, diciendo: Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este” (Jeremías 7:4).

Y en el primer capítulo de Isaías:

- “No Me traigáis más vanas ofrenda; el incienso Me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes. Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas Mi alma; Me son gravosas; cansado estoy de soportarlas” (Isaías 1:13, 14).

Y sin embargo, cada uno de estos puntos mencionados – el templo, las ofrendas y las asambleas festivas – fueron Divinamente señalados. ¿A qué se debe tan enorme repulsa? La respuesta la encontramos en el capítulo referido. Israel se había alejado de la verdad, y de ese modo, a los ojos del Señor, apoyándose ellos meramente en lo superfluo de la religión, no pasaban de ser sino una mera momia vacía. Los falsos dioses no requieren la pureza y espiritualidad de parte de sus adoradores, y de ese modo, sus adoraciones y sus servicios podían nombrarse juntamente; pero con el verdadero Dios, aún mismo un Divinamente señalado ritual, no serviría de nada si no hubiese de antemano la preparación de un recto corazón.

Aun cuando el Apóstol reconocía que a Israel le pertenecía “el servicio a Dios”, esto se limitaba a las cosas “según la carne” (Rom.9:3, 4), y la epístola a los Hebreos, cuando se refiere a las ordenanzas del divino servicio bajo el Antiguo Pacto, añade las palabras “y un santuario terrenal” (Hebr.9:1). Todas estas cosas indican que el camino al lugar santísimo todavía no se había manifestado. Eran tan solo figuras, sombras de las cosas venideras:

- “Ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto; ya que consiste solo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas” (Hebr.9:9, 10).

La mera observación de “días, meses y años”, aunque ofrecida al verdadero Dios, no están muy lejos de los “pobres y débiles rudimentos” de la pagana adoración (Gálatas 4:8-10) con ordenanzas que fueron totalmente canceladas en la Cruz, tales como “comidas, bebidas, días santos, lunas nuevas, y días de reposo”.

Volviendo ahora a Gálatas, es imposible comprender la enseñanza del Apóstol en este importante episodio, sin que nos demos cuenta del hecho de que el creyente ahora es *libre*. La Jerusalén terrenal con sus hijos se halla en esclavitud, pero la Jerusalén de arriba es libre.

Tal vez estemos finalmente acercándonos a la solución de nuestro problema. La palabra “servicio” (*abad*) nos da la palabra “servidumbre”, “esclavitud” (Éxodo 1.14), “siervos” (Gén.43:18), y “tributarios” (1ª Reyes 9:21). El lector recordará que en la celebración de las fiestas del Señor y los días de reposo, se repite que “no se hará en ellos ninguna obra *servil*”

(Levítico 23:7, 8, 21, 25, 35, 36). “Servilismo” y “adoración” no tienen cabida en la mente conjuntamente, el servilismo tan solo es el servicio apropiado para las oscuras tinieblas. De ahí que cuando el Señor demandó la liberación de Su pueblo para que pudiesen servirle, de ellos habla como Su “hijo”. Este servicio de un Hijo estaba oculto bajo una cantidad de observaciones, en conexión con un pacto que el Señor Mismo refiere “hallado en falta” – un pacto que fue “impuesto” hasta el tiempo de la reforma, y destinado a desaparecer para siempre. “¿Es Israel siervo? ¿Es esclavo?” pregunta Jeremías (Jeremías 2.14). He aquí, lo fue, y es, y lo será, hasta que el velo de sus ojos sea removido. La adoración, por tanto, como se practica por un tal pueblo, no contiene dentro la esencia del asunto.

El secreto de la verdadera adoración se revela en las palabras de Cristo. Ni en Samaria, con sus motivos mezclados, ni en Jerusalén, con su Divinamente señalado ritual se llevará a cabo. Los verdaderos adoradores adorarán al PADRE. Adorarán “en espíritu” y “en verdad”, y el Padre procura a tales adoradores. Es completamente ajeno a la idea de reverenciar a un Padre, que el hijo esté incumbido con ceremonias y ordenanzas. Tabernáculos, templos, sacrificios, sacerdotes, vestimentas, días santos, y cosas por el estilo, todo esto indica que los adoradores están muy alejados. Aquellos que tienen libre acceso al Padre no precisan nada de esto.

Estamos muy agradecidos de haber visto finalmente esta gran cantidad de luz sobre la naturaleza de la verdadera adoración, aun cuando haya muchas cosas que todavía se mantengan ocultas a nuestros ojos.

5

La Adoración debida a Dios “Nuestro Hacedor” Salmo 105:6

Hemos visto algunos aspectos de la naturaleza de la adoración que Israel ofrecía, y hemos aprendido, por el testimonio del Nuevo Testamento, a rehuir, a poner de parte todas las “ordenanzas carnales”, puesto que son inútiles a la hora de afectar la conciencia y no agradan al Señor. También

hemos visto que la verdadera adoración tan solo puede ser ofrecida en completa libertad. Con este conocimiento en mente y en el corazón, ahora podemos ir al Antiguo Testamento y aprender algunos aspectos esenciales más de la verdadera adoración, puesto que ya había, incluso en los tiempos del Antiguo Testamento, hombres de Dios que veían más allá de los tipos y las sombras, y percibían en dichos tipos y sombras *el camino más excelente* que significaban.

No puede ser por acaso que la primera referencia a la “adoración” que encontramos en la Biblia esté muy lejos de todo lo ceremonial. Si el lugar donde esta adoración se ofreció se considera un lugar santo, eso tan solo se debe a lo que ahí sucedió, y no porque el local fuese un santuario en sí mismo. Aquí tenemos un sacrificio sin un sacerdote, y un altar sin un templo. Quien hace la ofrenda es un padre, y la ofrenda su amado y unigénito hijo. Esta primera referencia a la adoración es un registro de la perfecta fe, y se dirige a Dios en un lugar apartado de los locales habituales de los hombres, apartado de los atrios de un templo, y sin embargo, una adoración tan próxima a la verdadera e ideal como el Antiguo Testamento nos pueda mostrar.

“Yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos” (Génesis 22:5)

Para la adoración de Israel, un sacerdote y una víctima de sacrificio eran elementos esenciales, sin embargo, aquí, en principio, el lugar del sacerdote lo ocupa un “Padre”, y el lugar del sacrificio está ocupado por un “Hijo” muy amado.

Y ahora, procurando más luz sobre los elementos espirituales en la adoración del Antiguo Testamento, vamos a los Salmos, que registran experiencias a examinar demasiado profundas para que el ritual la pueda alcanzar, y demasiado sublimes para que las ceremonias la puedan obstruir. En el Salmo 95:6 tenemos el pensamiento de la adoración ofrecida a Dios como nuestro HACEDOR:

- “Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová *nuestro Hacedor*” (Salmo 95:6).

Esperamos sinceramente que no pocos de nuestros lectores serán suficientemente críticos haciendo una pausa en este pasaje, y se sorprendan de que no lo hayamos incluido en los Artículos 2 y 3 de esta serie en la

lista de referencias asociadas a la “adoración” y al “inclinarse”. La razón es esta: *Qadad* significa “inclinarse la cabeza”, sin embargo la palabra empleada en el Salmo 95:6 es *kara*, significando “doblar o inclinar las rodillas”. Su forma verbal se utiliza en 1ª Reyes 8:54, al igual que aquí, para “arrodillarse”; y en la forma plural *kerayim* se traduce “piernas” o “patas” en Éxodo 12:9. Esta forma plural también aparece en la curiosa definición de Levítico 11:21: “que tuviere piernas además de sus patas para saltar con ellas sobre la tierra”. *Parkhurst* traduce así la frase: “Que tiene dobladuras o articulaciones contraídas por encima de sus pies o parte inferior de sus patas”. El versículo siguiente en Levítico 11 habla de criaturas tales como las langostas y saltamontes, cuyas “rodillas” son muy prominentes. “Arrodillarse” es un acto de adoración (1ª Reyes 19:18; 2ª Crónicas 6:13), y este es el acto de adoración que vendrá a ser rendido por todos al Señor (Isaías 45:23; Filipenses 2.10). El Apóstol Pablo también escribe, “Doblo mis rodillas ante el Padre” (Efesios 3:14). Pero no debemos, claro está, desviar la actitud en cuestión de la oración; esto tal vez debamos considerarlo más tarde en estos estudios.

La llamada en el Salmo 95 es a adorar y arrodillarse ante el Señor nuestro Hacedor. Esto es, adorar en su aspecto más fundamental. Una vez que Dios es nuestro Hacedor, el hombre es un ser responsable. Una vez que el hombre fue hecho a la imagen de su Hacedor, es que viene a ser posible la adoración. Mantener la adoración tan solo en este paso inicial significa dar comienzo en el camino descendente que se indica en Romanos 1:19-23. La adoración del Creador constituye el “evangelio eterno” que vendrá a ser predicado al tiempo del fin (Apoc.14:7).

Elifaz el Temanita le adscribe la “pureza” a su Hacedor (Job 4:17), al tiempo que Eliú, el hijo de Baraquiel, confiesa que no sabe hablar lisonjas; “de otra manera, en breve mi Hacedor me consumiría” (Job 32:22). Los títulos “Hacedor” y “El Santo de Israel” se vinculan por Isaías, y declara que en el día venidero, “mirará el hombre a su Hacedor...y no mirará a los altares que hicieron sus manos” (Isaías 17:7, 8). Una vez más, a través de Isaías, el Señor nos dice:

- “Yo, Yo soy vuestro consolador. ¿Quién eres tú para que tengas temor del hombre, que es mortal, y del hijo del hombre, que es como heno? Y ¿ya te has olvidado de Jehová tu Hacedor, que extendió los cielos y fundó la tierra...? (Isaías 51:12, 13).

Cuando finalmente Israel venga a ser restaurada, y ya no se acuerde más de la afrenta de su “viudez”, la razón que se da es que,

- “Tu Hacedor es tu marido; Jehová de los ejércitos es Su nombre” (Isaías 54:4, 5).

Eclesiastés le aconseja al joven que recuerde a su Creador en los días de su juventud (Eccl.12:1), y Pedro exhorta al creyente perseguido con estas palabras: “De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador” (1ª Pedro 4:19).

El reconocimiento de estas cosas constituye el primer paso en una adoración que se va adentrando en espiritualidad a medida que la relación se hace más íntima, hasta que, eventualmente, pasa a ser la adoración dirigida al Padre por Sus emancipados hijos. Esta espiritual adoración no tiene por qué estar exenta de su propio templo, sus cánticos y sus celebraciones. Los ríos “baten las manos”, al igual que lo hacen “todos los árboles” (Salmo 98:8; Isaías 4:12). Los cielos también son llamados a cantar, y la tierra se llena de regocijo (Isaías 49:13). Cuando David trajo el Arca “a la ciudad de David”, entonó al Señor un Salmo de loor, en el cual, no tan solo Israel es llamado a juntarse, sino que además también se dijo que los cielos “se alegraron”, la tierra y los campos “se regocijaron”, el mar “resonó”, y los árboles del bosque “cantaron” en la presencia del Señor (1ª Crónicas 16:31-33). El Salmo 148 es una llamada a los cielos, a los ángeles, al sol, la luna y las estrellas, los dragones y a todas las profundidades, al fuego y al granizo, a la nieve y al vapor, al viento tormentoso que cumple Su palabra, a las montañas y a todas las cimas, a los árboles fructíferos y a todos los cedros, a las bestias, al ganado, a los seres que rastrean y a las aves voladoras, para sumarse al himno de alabanza que ascienda a Dios nuestro Hacedor.

Una sensación de asombro y una conciencia de debilidad e insignificancia personal nunca están lejos de la adoración que se asocia con las maravillas de la “Naturaleza”. Esto se hace muy evidente en los últimos capítulos del libro de Job:

- “¿Dónde estabas tú cuando Yo fundaba la tierra? Házme saber, si tienes inteligencia” (Job 38:4).

Con estas palabras comienza el Señor a responderle a Job, y en el transcurso de cuatro alargados capítulos, la Creación en su altura y profundidad, sus maravillas y su gran variedad, las estrellas que conforman la distante Pléyades, los cristales que conforman los diminutos copos de nieve, las ordenanzas del día y de la noche, las maravillas de las tormentas y las lluvias, la creación animal con su maravilloso instinto, todo esto se le da a ver a Job por su Hacedor, y al finalizar todo este maravilloso escenario Job no tiene más remedio sino decir: *“De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza”* (Job 42:5, 6).

Hay algunos que muestran una indiferencia hacia las maravillas y hermosuras de la “Naturaleza”, sintiendo tal vez que pertenecen a una esfera ajena al amor redentor. Ahora bien, que un cristiano no se eleve por encima de las maravillas de la “Naturaleza” en su alabanza al Señor es ciertamente deplorable, sin embargo, que un cristiano no sea sensible para con las evidencias de la mano del Señor en Su creación, significa que está privándole a Dios de parte de la gloria debida a Su nombre. Ojalá que el creyente comience a examinar cualquier área de la gran creación que le rodea, pues, cuando así sea consciente de su original perfección, no demorará a caer sobre sus rodillas delante de su Hacedor. Una colmena de abejas ocupadas en su labor, el desarrollo del pollito en el huevo, las maravillas de la cristalización, las maravillas de las afinidades químicas, el uso de la luz en la visión, el fenómeno de la coloración, del análisis en el espectro, de la terapia y de la química – todo esto nos resulta causa de adoración y loor sin fin.

- “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmo 19:1).
- “Grandes son las obras de Jehová, buscadas de todos los que las quieren...Ha hecho memorables Sus maravillas...redención ha enviado a Su pueblo; para siempre ha ordenado Su pacto; Santo y temible es Su nombre (Salmo 111:2, 4, 9).

Aquí tenemos una evidente conexión entre Creación y Redención: “Ha dado alimento a los que le temen, para siempre se acordará de Su pacto” (Salmo 111:5). Su pacto puede incluir mucho más que “el alimento que perece”, pero ciertamente no incluye nada menos, pues sin las cosas básicas de la vida todas las demás y más altas serían imposibles. Los veinticuatro ancianos delante del arco iris alrededor del trono bien pueden

cantar su cántico de redención, pero a seguir después viene otro cántico, de cuya parte bien podría haber sido cantada por las estrellas de la mañana en el amanecer de la creación:

- “Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apoc.5:9-14).
- “Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder, porque Tú creaste todas las cosas, y por Tu voluntad existen y fueron creadas” (Apoc.4:11).

Sin un Creador en pleno control, la gloriosa consumación de las edades jamás podría venir a ser alcanzado. El Libro del Apocalipsis, que nos revela algunos pasos hacia este glorioso objetivo, nos habla de un nuevo cielo y una nueva tierra (Apoc.21:1), lo cual requiere y demanda el gran Creador, tal como ciertamente fueron hechos “en el principio”. El mismo libro nos habla también del “evangelio eterno” que vendrá a ser predicado al tiempo del fin:

- “El evangelio eterno... Temed a Dios, y dadle Gloria, porque la hora de Su juicio ha llegado; y adorad a Aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apoc.14:6, 7).

Volviendo ahora al Salmo del cual retiramos nuestro texto (Salmo 95), observamos que recae en dos partes. La primera parte (vers.1-7) es una llamada a adorar a “nuestro Hacedor”; la segunda parte (vers.8-11), un memorial del fracaso de Israel en el desierto – dos aspectos de la verdad que a primera vista no parece que tengan una próxima relación. El vínculo se encuentra en las palabras, “Vuestros padres... Me probaron, y vieron Mis obras”, pues, a menos que el Señor fuese también el Creador, ¿Cómo podría Israel haber sobrevivido a esa prueba durante aquellos cuarenta años? ¿Quién, si no el Señor, podría haber dado alimentos a la multitud durante tanto tiempo en el desierto?

Concluiremos este artículo con la plena citación del Salmo 95:1-7:

- “Venid, aclamemos alegremente a Jehová; cantemos con júbilo a la roca de nuestra salvación. Lleguemos ante Su presencia con alabanza; aclamémosle con cánticos. Porque Jehová es Dios grande,

y Rey grande sobre todos los dioses. Porque en Su mano están las profundidades de la tierra, y las alturas de los montes son Suyas. Suyo también el mar, pues Él lo hizo; y Sus manos formaron la tierra seca. Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor. Porque Él es nuestro Dios; nosotros el pueblo de Su prado, y ovejas de Su mano”.

6

Adoración en la hermosura de la Santidad **Salmo 96**

El Salmo 95 comienza con una llamada a “cantar”; el Salmo 96 con un llamado a “cantarle al Señor un nuevo cántico”. El llamado a adorar en el segundo de estos Salmos se da en el versículo 9: “Adorad a Jehová en la hermosura de la santidad”.

Aquí tenemos de propósito un contraste con los “dioses de las naciones” en el versículo 5, y en el versículo 4 leemos: “Porque grande es Jehová, y digno de suprema alabanza; temible sobre todos los dioses”.

La expresión “la hermosura de la santidad” es una de las joyas de la A.V., y a primera vista, es tan cristalina, que resulta casi un sacrilegio examinarla. Al margen, esta versión nos da la siguiente traducción alternativa, “En el glorioso santuario”, y la expresión se encuentra en el Salmo 29:2; 2ª Crónicas 20:21; 1ª Crónicas 16:29, y (en el plural; “en las hermosuras de santidad”) en el Salmo 110:3. ¿Cómo entonces debemos construir esta frase? ¿Implica que cuando le adoramos a Él, debemos recordar Su esencial santidad? Ciertamente es verdad que debemos hacerlo, sin embargo, es posible que no sea este el significado entendido en este particular pasaje.

Los traductores de la Septuaginta construyen el pasaje así: *Proskunesate to Kurio en aule hagia autou*, “Adorad al Señor en Su santa corte”. Una versión similar se da en 1ª Crónicas 16:29, pero en el Salmo 110:3, donde la palabra “hermosura” está en el plural (en la A.V.), la traducción que hacen es *En tais lamprotesi ton hagian sou*, “En el esplendor de Tus santos”. En 2ª Crónicas 20:21 la traducción vuelve de nuevo a ser distinta: “Y tomó consejo con el pueblo, y designó a hombres que cantasen salmos

y alabanzas, a dar gracias, y a *cantar los santos cánticos de alabanza*, mientras salía la gente armada”. Es evidente por esta variedad de traducciones que las palabras del original precisan una muy cuidadosa atención.

La palabra traducida “hermosura” es la Hebrea *hadarah*, una forma femenina de *hadar*, que primariamente significa “adornar, decorar, o recubrir”, tal como en Isaías 63:1: “Glorioso en Su apariencia (A.V.)”. La idea del “vestuario” aparece de nuevo en el Salmo 104:1: “Te has vestido de gloria (hermosura) y de magnificencia”, y también en Ezequiel 16, donde la palabra se traduce de nuevo “hermosura” (vers.14). En este capítulo de Ezequiel tenemos un uso extendido de la figura del vestuario:

- “Te vestí de bordados, te calcé de tejón, te ceñí de lino, y te cubrí de seda. Te atavié con adornos, y puse brazaletes en tus brazos y collar en tu cuello...y salió tu renombre entre las naciones a causa de tu hermosura; porque era perfecta, a causa de Mi hermosura que Yo puse sobre ti, dice Jehová el Señor” (Ezequiel 16:10-14).

En Éxodo 28 leemos de las “santas vestimentas para Aarón”, - vestuarios “para honra y para hermosura” – que contenían, “el pectoral, el efod, el manto, la túnica bordada, la mitra y el cinturón” para ministrar en el servicio del oficio del sacerdote (Éxodo 28:2-4). Aunque la palabra “hermosura” aquí sea distinta, tiene en gran medida la misma intención.

A través de toda la Escritura, las vestiduras son simbólicas. Leemos de las “vestiduras de salvación” (Isaías 61:10), mientras que en Isaías 52.1 a la restaurada Israel se le exhorta a que “se vista de poder” y de su “vestidura hermosa”. Del Novio se espera que se recubra de adornos, y de la Novia que se atavíe con joyas, las cuales se utilizan como símbolos de cosas más altas. Job nos habla de vestirse con justicia – “y ella me cubría” (Job 29:14), y del propio Señor en Sí se dice que “tomó ropas de venganza por vestidura” y “se cubrió de celo como manto” (Isaías 49:17).

Cuando vamos al Nuevo Testamento, encontramos también esta figura en pleno uso. *Enduo* se traduce generalmente “vestirse”, también se traduce “ataviarse con” “estar vestido”, y “estar arreglado”; al tiempo que *enduma* se traduce “vestuario, “ropa” e “indumentaria”. Así pues, es por eso que del creyente se dice que está “revestido de Cristo” (Gálatas 3:27), y que “se vista del nuevo hombre” (Efesios 4:24). También se le exhorta a “vestirse”

las armas de la luz (Rom.13:12), a “vestirse” del Señor Jesucristo (Rom.13:14), y de “toda la armadura de Dios” (Efesios 6:11). Estas son las espirituales equivalencias del vestuario descrito en el Antiguo Testamento, y cuando el Salmista habla de la adoración “en la hermosura de la santidad”, se acerca a las propias palabras del Señor cuando declara que “los verdaderos adoradores” deben adorar al Padre “en espíritu y en verdad”.

La adoración acepte tan solo puede ser ofrecida por aquellos que están revestidos con la justicia de Dios, la cual se lleva a cabo tan solo por fe y, tal como Pedro nos dice, “revestidos de humildad” (1ª Pedro 5:5) – gloriándonos en Cristo, no en nosotros propios.

La “hermosura” en la cual el adorador está vestido es “la hermosura de santidad”, pues al Dios que él adora “se sienta sobre el trono de Su santidad” (Salmo 47:8) y ha declarado que “la santidad conviene a Su casa” (Salmo 93:5). En dos ocasiones llama al adorador a “alabar la memoria de Su santidad” (Salmo 30:4 y 97:12).

Qodesh, la palabra hebrea traducida “santidad”, también se traduce “consagrado”, “dedicado”, “santificado”, “santo” y “santuario”. El verdadero adorador reconoce el significado de la frase inicial en “la oración del Señor” – “Padre nuestro, que estás en el cielo, *santificado sea Tu nombre*”. Toda adoración aceptable debe envolver “dedicación”, tal como se nos muestra en los tipos y sombras (1ª Crónicas 26:20). Toda verdadera adoración debe ser ofrecida en el Santuario; no en un santuario que pueda ser denominado “mundano”, o “de hombres” (Hebr.8:2). Todo eso tenía Israel en tipo y símbolo, pero nosotros lo tenemos en toda su perfección en Cristo. Nuestro “lugar de adoración” es donde Cristo está ahora sentado a la diestra de Dios, nuestro vestuario es de Su bendita provisión, y todo es de gracia. Él en Sí Mismo toma el lugar del altar, el sacrificio, el sacerdote, el incienso y las vestimentas. Así pues, si introdujésemos cualquiera de estas sombras ahora en nuestra adoración, sería arruinar, anular su espiritualidad.

El Salmo 105 nos llama a adorar al Señor nuestro Hacedor; el Salmo 96 nos aconseja a adorarle en la “hermosura de santidad”. Entre estos dos conceptos de adoración reside la cruz de Cristo, Su muerte, Su sepultura, y Su resurrección. Nosotros tenemos que ser conscientes de la “nueva creación” antes que podamos tener cualquier lugar donde more la santidad,

pero, bendito sea Dios, nosotros sabemos que Cristo nos ha sido hecho “sabiduría, y justificación, y santificación, y redención” (1ª Corintios 1.30).

7

La Adoración y la Exaltación del Señor.

En el Salmo 99:5 y 9, leemos:

- “Exaltad a Jehová nuestro Dios, y postraos ante el estrado de Sus pies; Él es santo”.
- Exaltad a Jehová nuestro Dios, y postraos ante Su santo monte; porque Jehová nuestro Dios es santo”.

El Salmo hace parte de una serie que habla de la venida del Rey, y halla su cumplimiento en aquel día cuando “Los reinos de este mundo pasen a ser el reino de nuestro Señor y de Su Cristo” (Apoc.11:15). Los Salmos 93, 97 y 99 comienzan con el anuncio: “el Señor reina”. El Salmo 95 dice: “Jehová es Dios grande, y Rey grande sobre todos los dioses” (vers.3). El Salmo 96 contiene las buenas nuevas del reino proclamadas entre las naciones: “Decid entre las naciones: Jehová reina” (vers.10). En el Salmo 98 toda la tierra es llamada a regocijarse cantando alegres al Señor: “Con trompetas y sonidos de bocina, delante del Rey”.

Hay un énfasis puesto en el Salmo 99 sobre el temblor de los pueblos ante la santidad de Dios:

- “Jehová reina; temblarán los pueblos. Él está sentado sobre los querubines, se conmoventá la tierra” (Salmo 99:1).

Él tiene un “temible nombre” puesto que “es santo” (vers.3). De nuevo al final del versículo 5 y del 9 se repite con insistencia Su santidad. Su gran poder siempre se utiliza y se asocia con juicio. Con Dios siempre “el derecho viene antes del poder” y nunca “el poder antes del derecho”. Su misericordia es grande, pues Él es además un Dios que perdona, pero al mismo tiempo también retribuye con venganza las invenciones que, de vez en cuando, incluso los mejores de Sus siervos, sobrepusieron a las

ordenanzas que de Él habían recibido (vers.8). La correspondencia de los versículos 5 y 9 indica que “Su santo monte” es el estrado de Sus pies. En 1ª Crónicas 28 “el arca del pacto” es denominado el estrado de Dios, y en el Salmo 132.7 “Su estrado” lo encontramos “en Sus tabernáculos” en plural en el original, pues es la forma mayestática la que se utiliza aquí, tal como en Hebr.9:24, “los lugares santos”. En Isaías 66:1 es de la tierra que se dice sea Su estrado. No hay contradicción alguna aquí, sino revelaciones. En conexión con Su manifiesta presencia “entre los querubines” el arca vendría a ser Su estrado, pero cuando venimos a saber que el trono del Señor está en el cielo, entonces toda la anchura de la tierra en sí se convierte en Su estrado; es una cuestión de proporción en la esfera particular que concierna.

En este Salmo la especial característica en conexión con la adoración es la doblemente repetida llamada a “exaltar” al Señor. En el versículo 2 el Salmista dice que “Él es excelso sobre todos los pueblos”, donde la palabra “exaltado” traduce la misma palabra hebrea del mismo significado. Esta palabra es *Rum*, y hace parte del nombre Abram, “padre excelso, o exaltado”. La falsa adoración acaba siempre en la exaltación de uno mismo, la verdadera adoración en cambio en la exaltación del Señor. Este elemento de falsa adoración puede observarse en la importancia de pasajes tales como Isaías 14:

- “Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, levantaré (exaltaré) mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré...sobre las alturas...seré semejante al Altísimo” (Isaías 14:13).

Del mismo modo se habla del “hombre de pecado, el “hijo de perdición”:

- “El cual se opone y se levanta (se exalta) contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto (de adoración); tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2ª Tesal.2:4).

En Daniel 3:1 tenemos una predicción de esta blasfema adoración, donde leemos de la imagen hecha por Nabucodonosor, cuya altura (*rum*) era de sesenta codos. Lo mismo vuelve a repetirse en Daniel 4, donde la figura se muda por la de un árbol. Su “altura” (*rum*) es referida en los versículos 10, 11 y 20: “su copa (altura) llegaba hasta al cielo”. Sin embargo, nos

consuela recordar como todo esto acaba. Nabucodonosor es obligado a reconocer la verdad, pues él nos dice después de ser restaurado:

- “Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Dios del cielo” (Daniel 4.37).

También a Belsasar le avisa Daniel recordándole esto mismo:

- “Mas cuando su corazón se ensoberbeció, y su espíritu se endureció en su orgullo, fue depuesto del trono de su reino, y despojado de su gloria...Y tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón, sabiendo todo esto, sino que contra el Señor del cielo te has ensoberbecido (*rum*) (Daniel 5:20, 23).

La adoración, sea falsa o verdadera, nunca está lejos del registro de la Escritura, y, aquí, la adoración y la “exaltación”, tanto falsas como verdaderas, es lo que se enfatiza.

Dejando a un lado estos casos extremos, examinemos ahora una o dos referencias en los Salmos que podrán servirnos de ayuda para ver la vía por la cual la exaltación del Señor en Sus diversas relaciones con el redimido se relaciona a la adoración.

1. *La adoración y un sentido de práctica necesidad.*

- “Oye, oh Dios, mi clamor; a mi oración atiende. Desde el cabo de la tierra clamaré a Ti, cuando mi corazón desmayare, llévame a la Roca que es más alta (*rum*) que yo” (Salmo 61:1, 2).

Aquí todo el fundamento de vanagloria propia ha desaparecido. La oración es un “clamor”; el lugar de adoración es “el cabo (lo último) de la tierra”; la condición en que se encuentra el orador es con su corazón “en desmayo”; su único deseo es ser llevado a la Roca que es más alta que el hombre. De esta Roca también se dice ser como “escudo”, “torre fuerte”, “morada” y “refugio”, con todo esto se nos muestra que el orador ha sido oído. Después de una pausa, señalada por el *shela*, viene a seguir la adoración. En vez de “Oye mi clamor”, el Salmista ahora dice:

- “Has oído mis votos; me has dado la heredad de los que temen Tu nombre. Días sobre días añadirás al rey; sus años serán como generación y generación”

“Has oído mis votos” y el Salmista acaba con las palabras, “Así cantaré Tu nombre para siempre, pagando mis votos cada día” (Salmo 61:5-8).

2. *Adoración y liberación.*

- “Engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una Su nombre”.

Esta exaltación del nombre del Señor es proclamada por causa de la liberación experimentada por el Salmista:

- “Busqué a Jehová y Él me oyó, y me libró de todos mis temores... Este pobre clamó, y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias. El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende...Claman los justos, y Jehová oye, y los libra de todas sus angustias” (Salmo 34:4, 6, 7, 17).

3. *Adoración y humildad de corazón.*

- “Porque Jehová es excelso (*rum*), y atiende al humilde; mas al altivo mira de lejos” (Salmo 138:6).

Aquí vienen juntas la exaltación del Señor y la humildad del adorador, y el resultado es la adoración.

- “Te alabaré con todo mi corazón; delante de los dioses te cantaré salmos. Me postraré hacia Tu santo templo, y alabaré Tu nombre por Tu misericordia y Tu fidelidad” (vers.1 y 2).

Esta juntura de las dos partes también se encuentra en otros lugares de la Escritura. Por ejemplo, Isaías dice:

- “Porque así dijo el Alto (*rum*) y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en *la altura (marum)* y la santidad, y con *el quebrantado y humilde de espíritu*” (Isaías 57:15).

4. *Adoración, bondad y las obras maravillosas del Señor.*

El Salmo 107 tiene un refrán que se repite cuatro veces:

- “Alaben la misericordia de Jehová, y Sus maravillas para con los hijos de los hombres” (Salmo 107:8, 15, 21 y 31).

Esta cuádruple llamada a la alabanza es seguida por una cuádruple descripción, tanto de la gran necesidad humana como la Divina liberación. En primer lugar tenemos los que “andaban perdidos” procurando una ciudad donde vivir, pero, sin hallar ninguna, clamaron al Señor, y Él los libertó de todas sus aflicciones (vers.4-7). A seguir viene una referencia a los “rebeldes” que cayeron de tal forma que no hubo quien los ayudase, quedando aprisionados en aflicción y en hierro. Estos también clamaron al Señor en sus angustias, y también fueron librados de sus aflicciones (vers.10-16). La tercera compañía la conforman los “insensatos”, cuya maldad los llevó hasta las puertas de la muerte. También estos son sanados por Su palabra y librados. Es digno de observar que la palabra “aflicciones” se muda aquí por “ruinas” (compare los versículos 6, 13, 28 con 20). En cuarto lugar “Los que descienden al mar en naves”, quienes “descienden a los abismos”.

Reuniendo este cuádruple llamado a alabar, el Salmista añade: “Exáltelo en la congregación del pueblo”.

5 La Adoración y el exaltado Salvador.

- “En el año que murió el rey Uzías oí yo al Señor sentado sobre un trono alto (*rum*) y sublime, y Sus faldas llenaban el templo” (Isaías 6:1).

Sobre este trono se hallaban los serafines con sus rostros velados. El profeta oyó que uno al otro decían: “Santo, Santo, Santo”, y clamó: ¡Ay de mí! Juan, escribiendo más tarde, nos asegura que cuando Isaías vio esta visión, se refirió al Salvador:

“Isaías dijo esto cuando vio Su gloria, y habló acerca de Él” (Juan 12:41).

La verdadera adoración debe siempre tener, en perfecta combinación, las dos cosas, este sentido de indignidad e inhabilidad de parte del adorador por un lado, y la excelsa posición y suprema gloria del Señor por el otro. El

Salvador que murió por nosotros, no tan solamente resucitó de nuevo de la muerte, sino que además ha sido “sumamente exaltado”, y es el propósito de Dios que, un día, delante del excelso nombre, “todos vendrán a arrodillarse y toda lengua ha de confesar que Jesucristo es el Señor, para gloria del Dios Padre” (Filip.2:10, 11). Nosotros debemos anticipar ese día honrándole, exaltándole en nuestro corazón, pues Él ciertamente es digno, y la adoración, tal como hemos visto, es la adscripción en la medida razonable que al Señor le es debida.

- “Más grande que los cielos es Tu misericordia...Exaltado (*rum*) seas sobre los cielos, oh Dios, y sobre toda la tierra sea enaltecida Tu gloria” (Salmo 108:5).

“Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra del Padre” (Colosenses 3:1).

8

Referencias a la Adoración en los Evangelios

Si bien que nos aguardan todavía más lecciones en el Antiguo Testamento, afirmándonos la palabra “adoración”, es hora de que vayamos al Nuevo Testamento, pues, al tiempo que hay ciertas verdades básicas concernientes a la adoración que ninguna mudanza dispensacional puede alterar, por otro lado, la adoración que ahora es aceptable, difiere en muchas maneras de las que disfrutaron Moisés, David y Salomón. Hay varias palabras traducidas “adoración” en el Nuevo Testamento, pero será bueno recordar que, *proskuneo*, nunca se traduce de otra manera, y una vez que es esta la palabra que estamos considerando, no debe haber traducciones alternativas que tener en mente. Cristo aparece once veces siendo el objetivo de la adoración en los Evangelios, pero este hecho no podemos malinterpretarlo. Si bien que en ocho ocasiones se utilice la misma palabra, la intención de los adoradores en cada una varía considerablemente, y es tanto provechoso como necesario para nuestro estudio que examinemos estas referencias. Uno de los pasajes podemos de inmediato descartarlo, y es la respuesta que Herodes le da a los magos respecto a la infancia de Cristo: “Cuando le halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya y le adore” (Mateo 2:8). La única contribución que este pasaje nos aporta es que, para

Herodes, esta “adoración” no era así una palabra tan excelsa para con el recién nacido Rey. Los demás actos de adoración registrados en los Evangelios son:

- (1) Los sabios magos del oriente (Mateo 2).
- (2) El leproso (Mateo 8).
- (3) El hombre principal (Mateo 9).
- (4) Los discípulos (Mateo 14).
- (5) La mujer cananea (Mateo 15).
- (6) La madre de los hijos de Zebedeo (Mateo 20).
- (7) Las mujeres (mateo 28).
- (8) Los discípulos (Mateo 28).
- (9) El hombre ciego de nacimiento (Juan 9).
- (10) En la parábola del siervo perdonado que por su vez no perdona, el Señor describe la aproximación de dicho siervo al Rey en las palabras: “Entonces el siervo cayó a sus pies y le adoró”.

En este último caso la palabra significa que el siervo “rindió homenaje” delante del rey, no que ofreciese una adoración idólatra. Lo mismo puede decirse de algunas de las ocasiones en las cuales se ofrece a Cristo la adoración, sin pasar un acto de reverencia y respeto. En el caso del leproso que fue limpio, registrado en Mateo 8, el leproso llama “Señor” al Salvador y le “adoró”. En el mismo capítulo el centurión también le llama “Señor”, sin embargo, no le adora, aunque, por otro lado, exhibe con su acto una fe que hasta el tiempo no se había visto nunca en Israel. No tenemos leyendo Mateo 8:2 garantía alguna para creer que el leproso, yendo más allá de sus sentidos, percibiese la deidad del Salvador. Sencillamente, tan solo rindió el respetuoso homenaje acostumbrado que cualquier judío rendiría, al tiempo que un soldado romano probablemente desconocía. Lo mismo podríamos decir de la adoración ofrecida por la mujer cananea. Y de nuevo, cuando la madre de los hijos de Zebedeo se acercó para hacer su pedido, de manera natural rindió homenaje respetuoso, pero no hay razón alguna para creer que su acto de “adoración” tuviese un carácter más profundo.

Así pues, hay tan solo unas pocas ocurrencias donde la adoración ofrecida al Hijo de Dios vaya más allá de esta señal de respeto, y son, la adoración de los sabios magos, la adoración de los discípulos después de la resurrección, y la adoración del hombre ciego de nacimiento. Vamos a examinarlas. Los magos venidos del oriente declararon que habían venido

procurando a Aquel Quien había nacido siendo Rey de los Judíos, pues habían “visto Su estrella en el Oriente”, y habían venido para “adorarle” (Mateo 2:2). Se mantuvieron aguardando hasta que vinieron a ser guiados por la estrella confirmada por la cita del profeta Miqueas, y así, siguiendo dicha estrella, llegaron a la casa donde vieron al Niño con Su madre María. Entonces se postraron y le adoraron, y abriendo sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra (Mateo 2:11). Siendo “por Dios avisados en sueño” para no regresar a Herodes, se volvieron a su país por otro camino.

Esta palabra “Magos” aquí en Mateo 2 es una palabra hebrea. Esta palabra se empleaba usualmente por todo el oriente, especialmente en Persia, referida de una secta de filósofos que estudiaban astronomía, los cuales aborrecían la adoración de imágenes y adoraban a un solo Dios. Se dice que sus doctrinas provenían de Abraham, y, además, de Daniel, quien entre otros también recibe el título “Jefe de los *Magos*” (Daniel 4:9). Los historiadores indican que, al tiempo, había en el oriente una gran expectativa del advenimiento inmediato de un extraordinario personaje. Estos Magos declararon que habían “visto Su estrella en el oriente”, y es evidente, por el registro de Mateo, que temporariamente habían perdido de vista la estrella, de ahí sus indagaciones, y su regocijo al contemplar a la estrella haciéndose visible de nuevo a sus ojos. Muchas y muy variadas explicaciones han sido referidas para este fenómeno celestial. Algunos han elaborado complicados cálculos y dado a entender que se trató de una conjunción de planetas que al tiempo tuvo lugar, sin embargo, ningún tipo de conjunción de planetas se armoniza con las palabras del versículo 9, esto es, que la estrella que ellos habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño”. Aquí definitivamente se predica el movimiento y parada de esta estrella, con lo cual se indica un tipo de iluminación celestial de un orden especial provisto por Dios para guía de estos magos, de ahí que su aparición les confirmase del todo sus expectativas, guiándoles hasta los pies del Salvador. Otro aspecto interesante de observar es que, aunque su madre María estuviese presente, la adoración de los magos se dirigió tan solo al Niño, y no a la madre. Las ofrendas de oro, incienso y mirra se anticipan en el Salmo 72:10 y en Isaías 60:6. Estos hombres fueron por tanto divinamente guiados, quienes estuvieron siempre atentos hasta que se dio la confirmación de sus indagaciones de uno de los profetas de la antigüedad, y quienes “se postraron y adoraron” ante el Niño – y así, estos magos, no rindieron un acto usual de respeto, sino que su adoración es algo que fue más allá, y algo mucho más profundo; debieron reconocer en este Niño de

Belén, no tan solo al futuro Rey de los Judíos, sino también el Rey de los cielos, el Rey de reyes, y por su acto de adoración anticiparon la sumisión y ofrenda del mundo Gentil en “aquel día”. Si bien todo esto sea cierto, no tenemos aquí mucho que nos sirva de guía en cuanto a lo que constituye al día de hoy la adoración cristiana, y por eso pasamos a examinar las demás referencias.

La adoración de los Magos fue ofrecida poco después del nacimiento de Cristo; la adoración de los discípulos registrada en Mateo 28 fue ofrecida después de Su resurrección.

- “Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, he aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas acercándose, abrazaron Sus pies y le adoraron.”
- “Y cuando le vieron, le adoraron, pero algunos dudaban” (Mateo 18:9, 17).

El comentario de Bengel sobre el versículo 9 es el siguiente:

“Antes de Su pasión, Jesús había sido adorado por extranjeros, en vez de por Sus discípulos”. Es evidente que este postrarse a Sus pies marca una nueva actitud de parte de los discípulos, pero no tenemos evidencia alguna por el contexto de que Su deidad hubiese sido hasta entonces reconocida y percibida. Tomás tan solo alcanzó esta posición en su convicción cuando finalmente mudó sus dudas por un pleno reconocimiento de la deidad del Señor, diciendo: “Señor mío, y Dios mío” (Juan 20:28), y no podemos dejar de creer que, subsecuentemente, aquellos que “dudaban” (Mateo 28:17) fueron, también, del mismo modo convencidos. La convicción personal es más evidente en el hombre nacido ciego, tal como se registra en Juan 9. Bajo la emoción, tanto del milagro que se había producido, como de la consecuente oposición que se levantó en los corazones de los líderes religiosos, fue mudando progresivamente, y desde su simple reconocimiento de que su Sanador era “Un hombre llamado Jesús” (Juan 9:11), fue pasando hasta un más alto reconocimiento. Estando bajo la presión ejercida por los Fariseos, su fe fue en aumento, pues su siguiente respuesta a la pregunta, “¿Qué dices tú de Aquel que te ha abierto los ojos?” él dijo, “Que es profeta” (Juan 9:17). La oposición y enfrentamiento en este punto se intensifican, y los Fariseos acusan al Salvador de ser un pecador. Y aquí, con la creciente convicción de fe, el hombre nacido ciego replica, y razona diciendo: “Si Éste no viniese de Dios, nada podría hacer”

(Juan 9:33). Y por hablar con este denuedo, le expulsaron de la sinagoga. El Señor entonces le encontró y le hizo esta pregunta: “¿Crees tú en el Hijo de Dios?” Dice mucho a favor de este hombre que no cayese inmediatamente a los pies del Salvador, sino que, antes bien, deseó tener un conocimiento más completo para que su fe fuese más racional: “¿Quién es, Señor, para que crea en Él?”. Y el Señor, supliendo la necesaria información, le dijo: “Pues le has visto, y el que habla contigo es”. Este fue un testimonio transparente y directo. Aquel Quien le había previamente abierto sus ojos físicos naturales, ahora le ilumina además los ojos de su entendimiento. La respuesta fue completa e inmediata: “Creo, Señor, y le adoró” (Juan 9:35-38).

Este incidente nos aproxima más de cerca a la adoración cristiana que cualquier pasaje que hayamos hasta aquí considerado. Este acto de adoración no resultó del temor súbito o un gran regocijo en la presencia de algún espectáculo impresionante. Fue edificándose paso por paso, aproximándose gradualmente, hasta reconocer el hecho paso a paso y con toda naturalidad. Sus pasos se indican por el creciente reconocimiento – “un hombre”, “un profeta”, “El Hijo de Dios”. Hay un pasaje más en el Evangelio de Juan que habla de adoración, pero reservaremos la consideración de Juan 4 para el próximo artículo.

9

“Ni en este monte ni en Jerusalén” (Juan 4:21)

Es sorprendente a primera vista pensar que el Salvador condescendiese al punto de discutir el tema de la “adoración” con una pobre mujer Samaritana, y que, en cambio, no le dijese nada al respecto al “maestro de Israel”, Nicodemo, quien estaría mejor cualificado para disertar sobre el asunto. Sin embargo, cuando recordamos que la carne para nada aprovecha, y que Nicodemo, por tanto, no estaba más capacitado para apreciar la naturaleza de la verdadera adoración que la mujer Samaritana, entonces reconocemos la obra de la gracia, y con nuestros corazones humillados estaremos listos para leer de nuevo lo concerniente a la verdadera adoración con un estado de ánimo más correcto y adecuado.

La revelación de la vida privada de la mujer Samaritana fue causa de que ella se parase y le dijera: “Señor, yo sé que Tú eres profeta”, pero si es que su repentina introducción del tema de la adoración se hizo con un intento de evitar cualquier referencia más a su vida privada, o si se debió, una vez que estuvo convencida de su pecadora condición, al hecho de estar en la presencia de Aquel Quien podría iluminarle su entendimiento en la materia, es algo que podremos nunca saberlo; probablemente los motivos de la mujer, al igual que sucede con nosotros, las dos cosas se mezclaron.

Cualquiera que sea la verdad del asunto, el Salvador, en Su infinita gracia, se centró y le habló del nuevo sujeto, y el subsecuente registro hecho por Juan nos ha provisto con, tal vez, la declaración más comprensiva en cuanto a la naturaleza de la verdadera adoración contenida el Nuevo Testamento. El pensamiento sobresaliente en la mente de esta mujer se centraba en el “lugar” correcto donde debía ser ofrecida la adoración.

- “Nuestros padre adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar” (Juan 4:20).

Una vez que los lectores del Nuevo Testamento de manera inconsciente adoptan la actitud de parte del Judío cuando se piensa en los Samaritanos, podrá servirnos de ayuda que recordemos ahora algunas sorprendentes características a su respecto, en especial las referentes al tema de la adoración. Los Samaritanos mantenían cuatro principios básicos en sus creencias:

1 Que tan solo Jehová es Dios. 2 Que tan solo Moisés es el Dador de la Ley. 3 Que la *Torá* (los cinco libros de Moisés) es el único libro divino, y 4 que El Monte *Gerizim* es la única habitación de Dios.

Los Samaritanos observan el Sabbath y el rito de la circuncisión. No guardan todas las fiestas de Israel, pero celebran la Pascua, los Panes sin Levadura. Pentecostés, el *Rosh hashaná*, o inicio del año civil (Levítico 23:24), el Yom Kipur, el Día de la Expiación y la Fiesta de los Tabernáculos. En la consideración de los Samaritanos, el Monte Gerizim es *el* lugar santo, y siempre es referido con respeto, con títulos tales como “La Casa de Dios”, “El Santuario”, o “El Monte de la Divina Presencia”. Tal vez ahora podamos comprender mejor las palabras de la mujer Samaritana cuando dijo: “Nuestros padres adoraban en este Monte”.

Así reclamaba, tal como ya había dicho, que Jacob era su padre (Juan 4:12), y sabía lo referente de la venida del Mesías (Juan 4:25).

En vez de venir a discutir los relativos méritos de Samaria y Jerusalén como el “lugar” donde debería ser ofrecida la adoración, el Salvador puso ambos lugares de parte, diciendo:

- “Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre” (Juan 4:21).

Respondiendo de esta manera, el asunto se elevó a un plano más alto. Hubiese sido muy fácil citar pasajes del Antiguo Testamento para probar que Jerusalén había sido escogida por el Señor, pero de esa manera la mujer Samaritana se habría recusado a aceptar esta autoridad – puesto que su Biblia tan solo comportaba los cinco libros de Moisés. Los Profetas y los Salmos no eran reconocidos por los Samaritanos. Aquí, en la actitud llevada a cabo por el Señor, tenemos un divino método del cual nos debemos apropiarse cuando tratamos con obstáculos similares. Pensemos en los interminables debates que se han producido por la introducción del término *Anglo-Israelí*. Las discusiones habidas sobre necias fundaciones tales como el *Berith-ish*, del *hijo de Isaac*: de la *Union Jacks* y *Las Puertas de los enemigos*. Mucho más sencillo y en armonía con la actitud del Señor es acudir a Filipenses 3, para ver que un verdadero Israelita se privó de ciertas bendiciones por la plenitud que se hallaba en Cristo. El mismo principio se aplica y es verdad cuando tratamos con temas tales como el *don de lenguas*, o las variadas formas de celebrar *la cena del Señor*, o las interminables discusiones en cuanto al *bautizo de los niños*; en estas divagaciones no somos llamados a intervenir, residen todas del otro lado del Libro de Hechos, no hacen parte ni tienen cabida en la dispensación actual, y son controversias legítimas tan solo en el seno de quienes las practican.

Así pues, después de haber tomado este más alto fundamento, el Salvador pudo ahora darle a la mujer más detalles sin adoptar una actitud partisana:

- “Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los Judíos” (Juan 4:22).

En esta declaración el Señor saca a relucir dos esenciales elementos en cuanto a la verdadera adoración. En primer lugar, aquel “saber” o

“conocimiento” que permanece en severo contraste con la ciega tradición, la superstición y las prácticas necias e irrazonables. Ahora bien, el conocimiento en materias tales como la adoración tiene que provenir como una revelación, y al tiempo que los Samaritanos tenían consigo los cinco libros de Moisés, se privaban y negaban la iluminación y guía habida en el resto del Antiguo Testamento. De aquí surge además otro principio esencial: La verdadera adoración tiene que estar basada sobre la verdad revelada. Este punto podremos verlo expreso negativamente en Mateo 15: “En vano Me honran (adoran), enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (Mateo 15:9).

En segundo lugar, el Señor asoció conjuntamente la “adoración” y la “salvación”, implicando así que la adoración no podría tener cabida ni sería aceptable aparte de la salvación. Esta salvación, dijo Cristo, provenía “de los Judíos”, puesto que a ellos le habían sido encomendados los oráculos de Dios, a ellos les pertenecían las promesas, y los pactos, y el servicio de Dios; y lo más importante de todo, de ellos provenía, en cuanto a la carne, el tan de largo tiempo prometido Salvador. La verdadera adoración por tanto se regula según la divina revelación, se halla en el corazón evangélico, y se asocia íntimamente con la persona y obra del Salvador. El Judaísmo en sí extrae toda su fuerza por estos cauces. Fue una religión divinamente otorgada de tipos y sombras, y tan solo fue otorgada a un pueblo, Israel; tiene su cumplimiento en la persona y obra del Salvador, de cuya persona y obra tan solo se componen sus ritos, ceremonias, sacrificios y observancias de cualquier valor.

- “Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Juan 4:23).

En todos los Evangelios tenemos dos ocasiones en las cuales se registra la declaración: “La hora viene, y ahora es”, en Juan 4:23 y 5:25; y una vez aparece de una manera levemente distinta: “La hora viene, y ha venido ya” en Juan 16:32. Weymouth traduce correctamente Juan 16:32: “El tiempo viene, sí, ha venido ya”, puesto que *eleleluthen* es el pretérito perfecto de *erchomai*. En Juan 4:23 y 5:25, el original dice, *Kai nun estin*, que desafortunadamente, Weymouth traduce exactamente como lo hace en las distintas palabras de Juan 16:32. *Kai nun estin* tan solo puede traducirse correctamente por las palabras “y ahora es”. ¿Qué debemos entender por esta expresión, “y ahora es”? En Juan 5:25 vemos que es el presente

espiritual equivalente de la futura física resurrección. En Juan 4, sin embargo, el templo en Jerusalén todavía permanecía en pie, y las proféticas palabras “Tu casa te ha sido dejada en desolación” todavía no se habían pronunciado. En el capítulo 2 el templo había sido referido como “casa de Mi Padre”, y aun mismo en el periodo cubierto por la parte más temprana de los Hechos de los Apóstoles, no dejaba de haber muy consistentes evidencias de eso mismo, pues Pedro y Juan todavía suben al templo a la hora de la oración.

Es pues posible que lo que el Salvador dijera cuando le hablaba a la mujer Samaritana, fuese que “*Viene* la hora cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad”, pero cuando Juan llega a escribir este evangelio, ya le fue posible introducir aquí, para beneficio de sus lectores, la información de que *esta hora* ya había venido o llegado. Para nosotros, al día actual, la cuestión del “lugar” en cuanto a la adoración respecta, carece de significado. Capillas e Iglesias bien pueden ser convenientes lugares de reunión donde los santos celebren sus asambleas, pero si “saben”, si conocen la verdad, cualquiera que sea la arquitectura, y cualquiera que sea el arquitecto que edificó el edificio “sagrado”, uno de los himnos que seguramente cantarán será:

Oh Salvador, donde Tu pueblo se reúna
Allí han de hallar Tu trono de misericordia;
Donde te procuren a Ti, Tú eres hallado,
Y cualquier lugar, es suelo sagrado.

Pues Tú, sin muros estás confinado,
y habitas en la mente de los humillados,
los tales siempre Te llevan a donde van,
y yendo de camino, siempre Te introducen en sus casas.

¿Qué debemos entender por los “verdaderos” adoradores? ¿Qué debemos entender por la adoración que es “en espíritu y en verdad?”

Alethes se emplea cuando se trata de *la verdad* en oposición a *lo falso*. De ahí que en Juan 4:18 se traduzca, en la R.V., “verdaderamente”. *Alethinós* es la verdad en oposición, no tanto a la mentira, sino de la manera que lo *sustancial* es lo opuesto a la *sombra*. Y así tenemos expresiones tales como “el verdadero tabernáculo y santuario” (Hebr.8:2); la “figura del verdadero” (Hebr.9:24) en obvio contraste con su respectivo “típico

tabernáculo” y sus utensilios “hechos a mano”. Y de igual modo, en el evangelio de Juan leemos de “la luz verdadera”, “el verdadero pan” y “la vida verdadera” como el cumplimiento sustancial, y en contraste con sus respectivos tipos y sombras. Así pues, los “verdaderos” adoradores, no están puestos en contraste con los idólatras, los adoradores de falsos dioses, sino antes bien se contrastan con los adoradores del Pacto Antiguo, cuya adoración era típica y sombría, “que tan solo consiste de comidas y bebidas, de diversas abluciones (lavamientos, bautizos), y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas” (Hebreos 9:10).

La expresión “en espíritu y *en* verdad” sin la preposición “*en*” repetida, debe ser tomada como una figura literaria conocida como *endiadis*, donde tan solo una cosa se significa, aunque con dos declarados se signifique: “*Verdaderamente*, es decir, en el ante tipo, *en Espíritu*”. Dos razones se dan por una tal adoración al Padre:

- (1) Él Padre *busca* a tales adoradores. - Este es un pasaje único. Ningún otro pasaje de escritura utiliza la palabra *buscar* en esta vía. Una cosa que se pide y resulta familiar a los fieles es que busquen “al Señor”, pero aquí es el Padre Quien “busca”; y si así los busca, ¿no ha de hallarlos? Y si así los encuentra, ¿no ha de sentirse complacido? Si los procura y encuentra, ¿no ha de ser este un bendito resultado? ¿No está, por tanto, la verdadera adoración, íntimamente ligada al corazón de todo verdadero servicio aceptable y fructífero?
- (2) La segunda razón reside en la naturaleza propia del Dios que deberíamos adorar. “Dios es Espíritu”.

Pneuma ho theos. No es necesario aquí insertar el artículo indefinido y que se lea “Dios es *un* espíritu”, así como no se debería insertar en traducciones similares como pueda ser Juan 1:1 y leer “La Palabra era *un* Dios”. A esta mujer Samaritana se le hizo una declaración concerniente al Ser esencial de Dios que trasciende a toda revelación dada en las Escrituras. Todos los títulos bajo los cuales Dios tuvo por bien darse a conocer a Sí Mismo en la Escritura del Antiguo Testamento son acomodaciones en gracia para nuestra limitada capacidad de entendimiento. El Dios Quien es espíritu está muy por encima de nuestras capacidades experimentales. No sabemos nada del modo de ser de Aquel Quien no está condicionado por el tiempo y el espacio, Quien es invisible, inaudible e intangible (Juan 1:18; 5:37). Ahora

bien, si nuestro Salvador hubiese tenido por bien enseñarle a esta mujer la esencial natura y ser de Dios, nuestros comentarios no pasarían de ser sino un mero criticismo de Sus palabras, y sería de nuestra parte algo condenable. Pero es que Él estaba enseñándole a esta mujer, y a todos los que aprendan, no la natura de lo absoluto e incondicional, sino antes bien cuál deba ser la natura de la adoración que debe ofrecerse, y sea aceptable, para con un Ser de tal naturaleza. Para obtener siquiera un relance de la Divina naturaleza, hay que renunciar para siempre a todas las trampas del ceremonial, todos los ritos y todas las observancias como si fuesen esenciales para con la verdadera adoración – un Dios que es “espíritu” debe ser adorado “en espíritu y en verdad”.

Persiguiendo este tema, hemos llegado a ocupar más espacio del que originalmente habíamos reservado, así pues, con una o dos más observaciones, debemos acabar el presente artículo.

En el Antiguo Testamento la adoración era ofrecida a “El Señor”, que era referido como “El Señor tu Dios. En el Nuevo Testamento (La Revelación), la adoración es ofrecida a “Dios”, y a “Aquel que hizo el cielo y la tierra”, pero aquí en Juan 4 es el “Padre” Quien es adorado, es el “Padre” que busca adoración – y ciertamente nadie sino los “hijos” pueden adorar al “Padre”, nadie sino los hijos pueden ofrecerle a Él lo que le es debido. Y ¿Sentirán los “hijos” que así procuran rendirle homenaje al “Padre” la necesidad de prestar dicha reverencia en un templo? ¿Precisarán los tales de adoptar vestuarios sacerdotales? ¿Necesitarán estos de llevar a cabo un elaborado ritual? Ningún título de Dios es tan íntimo, tan próximo al corazón, tan alejado de rituales y ordenanzas, como el título “Padre”, y la adoración que se le ofrece en esa capacidad debe necesariamente participar en los mismos elementos Suyos esenciales.

10

Adoración

El servicio de un Hijo para con el Padre

Si nos limitásemos estrictamente en nuestros estudios del Nuevo Testamento en conexión con la adoración a las ocurrencias y uso de *proskuneo*, nuestra labor habría prácticamente concluido. El lector, sin embargo, ha de esperar naturalmente que pasajes tales como el de Filipenses 3:3 o de Colosenses 2:18, 23 vengan a ser incluidos. A estos pasajes debemos darle una consideración, puesto que son las únicas referencias a la “adoración” que se encuentran en las epístolas de Pablo escritas después de Hechos 28, y de ahí que tengan por sí un distinto peso sobre la adoración ofrecida para con *la iglesia del misterio*. Antes de considerar estos pasajes, hagamos una pausa para considerar la lección entendida por nosotros particularmente en el hecho de que, *proskuneo*, no aparezca ni una sola vez ni en Efesios, Filipenses, Colosenses y 2ª Timoteo.

En primer lugar, Pablo, el escritor de estas epístolas, estaba plenamente al tanto con el uso y ocurrencias de esta palabra, pues un asiduo lector de la Septuaginta, como él ciertamente lo era, tenía por obligación que reconocer su presencia a través de la Ley, los Profetas y los Salmos. En dicha versión del Antiguo Testamento, *proskuneo* aparece cerca de doscientas veces. Así pues, la omisión de esta palabra tiene que ser deliberada e inspirada, y, consecuentemente, tanto el hecho de su omisión como la mudanza sugerida por las palabras sustitutas, desafían nuestra más profunda examinación.

Veamos en primer lugar los pasajes que refieren la adoración en las epístolas en prisión:

- “Nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu *adoramos* (“servimos” en la Reina Valera) a Dios, y nos regocijamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza alguna en la carne” (Filipenses 3:3 R.V.).
- “Que nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y adoración (“culto a los” en la Reina Valera) de ángeles” (Colosenses 2:18 R.V.).
- “Tales cosas tienen realmente una sombra de sabiduría en voluntaria adoración (“culto voluntario” en la Reina Valera) y humildad” (Colosenses 2:23 R.V.).

Aquí vemos que dos de las tres referencias a la adoración en las epístolas en prisión tienen una connotación negativa, tan solo una declaración positiva aparece, esto es, en Filipenses 3:3 y mismo aquí el contexto es negativo,

tanto en intención como en carácter. Una vez citados los pasajes, y sabiendo que *proskuneo* no se emplea, podremos aproximarnos ahora a examinar el significado de las palabras que aparecen y se utilizan efectivamente. La palabra empleada en Filipenses 3:3 es *Latreuo*, y proviene de una palabra que significa “servir por un sueldo o salario”, pero dicha palabra no se emplea en el Nuevo Testamento, donde los siervos asalariados son referidos. Otros derivan *Latreuo* por *La* “mucho”, “gran cantidad” y *treo* “temer en reverencia”, de acuerdo con lo cual vemos en Malaquías 1:6: “Si Yo soy Señor, ¿Dónde está Mi temor?”, o en Efesios 6:5: “Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor”. No es buena teología la que intenta establecer doctrina poniendo por base la mitología griega, pues el griego fue un lenguaje empleado por los Paganos antes que, por el Espíritu de Dios, fuese adoptada como medio para dar a conocer el Evangelio. Así pues, nos veremos libres y estaremos a salvo si utilizamos la versión Septuaginta, y no los autores del griego clásico, para percibir bien qué palabras hebreas se traducen al griego por *Latreuo*, y sobre todo entre ellas encontramos las palabras *Abad* y *Abodah*.

Esta palabra se emplea en Éxodo 3:12; 4:23 y en pasajes similares. La palabra hebrea significa “servir”, tal como lo hizo Jacob (Gén.30:41) e Israel (Éxodo 1:14), “labrar” y “guardar”, (revestir, en las versiones inglesas) (Génesis 2:5, 15) y el servicio conectado con el Tabernáculo (Números 3:7). A Moisés muchas veces se le nombra con el título: “Moisés, el siervo del Señor”.

“¿Es Israel un *siervo*, es esclavo?” Jeremías 2:14 nos muestra que es aquel servicio más bajo y servil lo que aquí se entiende, como es el caso donde la palabra se utiliza hablando de Israel, estando bajo la mano del Faraón y Nabucodonosor.

Con esta insistencia recayendo sobre el *servicio*, ahora vamos una vez más a Filipenses, y ahí observamos que comienza precisamente con este mismo pensamiento:

- “Pablo y Timoteo, SIERVOS de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los OBISPOS y DIÁCONOS” (Filip.1:1).

Pablo emplea en esta misma epístola la figura del servicio cuando dijo de Timoteo que, “como un hijo con su padre, ha *servido* conmigo en el

evangelio” (Filipenses 2:22). Además, también se revela en esta epístola que el propio Cristo “Tomó consigo la forma de un *siervo*” (Filip.2:7); y el propio Pablo nos refiere que estaba dispuesto a ser ofrecido, esto es, “derramado en libación sobre el sacrificio y *servicio* de la fe de los Filipenses” (Filip.2:17). Distintas palabras se usan en estos pasajes hablando del servicio, pero tanto si sea *Latreuo*, *douleuo* o *leitourgia*, no hacen todas otras cosas, sino enfatizar los varios aspectos de este mismo acto común del servicio. Es en Filipenses donde encontramos la exhortación a “operar” nuestra salvación con “temor y temblor”, y es en Filipenses que tenemos el “Premio” en vista.

Cuando vamos a las referencias en Colosenses, observamos inmediatamente que tenemos delante de nosotros esta referencia al premio. En Filipenses 3:14 la palabra traducida “premio” es *brabeion*, y esta palabra aparece en combinación en Colosenses 2:18, donde las palabras “Nadie os prive de vuestro *premio*” traducen el verbo *katabrabeuo*. A los Colosenses se les avisa que su premio, su recompensa, se encontraba en peligro, y eso debido a una fingida humildad y por la adoración a los ángeles, cuya idea vuelve a repetirse en el versículo 23, donde el apóstol habla de adoración (“culto” en la Reina Valera) voluntaria, en humildad, el duro trato del cuerpo, y de los apetitos, al mismo tiempo, de la carne. La palabra que aquí se emplea, tanto en el versículo 18 como en el 23 de Colosenses 2, es *threskiea*. Esta palabra siempre se traduce “religión”, una vez por Pablo cuando se refiere a su vida pasada, diciendo que “según la más estricta *secta* de nuestra religión”, vivió como un Fariseo; y en dos ocasiones por Santiago (Sant.1:26, 27). No pretendemos gastar más tiempo persiguiendo el significado de Colosenses 2: 18 y 23 porque, sencillamente, cuando ya fue todo dicho y hecho, estos pasajes tan solo nos avisan aquello que se debe *evitar*.

Si los traductores de la A.V., hubiesen seguido la práctica usual habrían traducido Filipenses 3:3: “Nosotros...*servimos* a Dios en el espíritu” (como bien traduce la Reina Valera), pues así habría seguido estando en línea con el énfasis sobre el servicio que se venía resaltado. Y una vez más, si los traductores hubiesen seguido su práctica usual, habrían puesto las palabras “religión” y “observancias religiosas” en el segundo capítulo de Colosenses en vez de la palabra “adoración” (“culto” en la Reina Valera). Las epístolas en prisión, por tanto, no contienen la palabra “adoración”, del mismo modo que tampoco contienen ni una única referencia a un “Sacerdote”. Esta observación es meramente un asunto de hecho, pero un

hecho que demanda una explicación. Si nos preguntamos por qué la “adoración”, *proskumo*, se encuentra totalmente ausente de las epístolas del misterio, bien podemos hesitar dando una respuesta. Nosotros creemos que *ya debería estar asumida*. Es bien posible que dicha adoración esté incluida en la palabra “dignidad”, esto es, en el andar “condigno de nuestro llamamiento” (Efesios 4:1), en aquel “comportarnos” de manera “digna del evangelio de Cristo” (Filipenses 1:27), y en el andar “condigno del Señor, “agradándole en todo” (Colosenses 1:10). En toda esta manera de comportarnos bien puede tener lugar la adoración ya prescrita en anteriores dispensaciones. La adoración tal como se presenta en esta epístola a los Filipenses nos parece que podrá resumirse y hallarse en las palabras que encontramos en dicha epístola. “Sirviendo, como hijos Suyos”.

Donde quiera que un verdadero espíritu evangélico haya sido manifestado a través de toda la historia de la cristiandad, siempre ha estado asociado con el estrado o “púlpito” aquel de Esdras, y no con un “sacerdote”; con el “Libro Abierto”, y no con “altares”, “inciensos” o “ceremonias”; y como tal, por la misericordia de Dios, nuestra “adoración al Padre”, debe así mantenerse y permanecer.

11

Adoración

El uso y recurrencias de *Sebomai* y palabras cognitivas

Ya hemos considerado las varias vías en las cuales se fue ofreciendo la adoración a Dios en las Escrituras, y hemos además observado las mudanzas que fueron teniendo lugar con el cambio de dispensación. Ahora vamos a examinar el peso que tiene una palabra que encontramos muchas veces en las epístolas de Pablo, especialmente en sus epístolas a Timoteo y a Tito. La palabra es *eusebeia*, que aparece quince veces en el Nuevo Testamento, y se traduce “piedad” en catorce ocasiones, y en una “santidad” (en la A.V.). La palabra es compuesta de dos elementos. *Eu*, un adverbio que significa “bien” (Efesios 6:3); y *sebomai*, “Adorar, venerar, o reverenciar”. Aquí damos sus diferentes formas:

- (1) *Sebazomai*. – “Honrando (adorando) y dando culto a las criaturas” (Rom.1:25).
- (2) *Sebasma*. – “...pasando y mirando vuestros *santuarios*” (Hechos 17:23). “Todo lo que se llama Dios, o es objeto de *culto* (adoración) (2ª Tesal.2:4).
- (3) *Sebastos*. – “Un centurión de la compañía *Augusta*” (Hechos 27:1). También en Lucas 2.1 y en Hechos 25:21, 25.
- (4) *Sebomai*. – “Religiosos” (prosélitos piadosos, en la Reina Valera) (Hechos 13:43); “piadosas” (Hechos 13:50; 17:4, 17); “adoración” (Hechos 16:14); “veneración” (Hechos 19:27).
- (5) *Eusebeia*. – “...como si por nuestro poder o *santidad* (piedad, en la Reina Valera) (Hechos 3:12); “piedad” en ocho referencias (en la A.V.) en 1ª Timoteo, una vez en 2ª Timoteo y en Tito, y cuatro en 2ª Pedro.
- (6) *Eusebeo*. – “al que vosotros *adoráis*, sin conocerle” (Hechos 17:23); “aprendan estos primero a ser *piadosos* para los de su casa” (1ª Timoteo 5:4).
- (7) *Eusebes*. – “Devoto” (Hechos 10:2, 7; 22:12 A.V.); “piadosos” (2ª Pedro 2:9).
- (8) *Eusebos*. - “Piadoso” (2ª Timoteo 3:12; Tito 2:12).
- (9) *Theosebia*. – “Mujeres que profesan *piedad*” (1ª Timoteo 2:10).
- (10) *Theosebes*. – “Si alguno es *temeroso* de Dios” (Juan 9:31).
- (11) *Asebia*. – “Impiedad” (Rom.1:18; 11:26; 2ª Tim.2:16; Tito 2:12).
- (12) *Asebeo*.- “Impíamente” (2ª Pedro 2:6; Judas 15).
- (13) *Asebes*. – “Impíos” (Rom.4:5; 5:6; 1ª Timoteo 1:9; 1ª Pedro 4:18; 2ª Pedro 2:5; 3:7; Judas 4, 15).

Estas trece variaciones del tema nos ofrecen el material para nuestro estudio, y se extienden por cincuenta y nueve referencias que aparecen en trece libros del Nuevo Testamento. De este número de ocurrencias, los Evangelios contienen una cada uno, los Hechos contienen diecisiete, las epístolas de Pablo veintitrés, y entre Pedro y Judas quince.

Esta serie de referencias se distribuyen bajo dos grupos: (a) “adoradores idólatras, o adoradores de Dios”; y (b) “piedad”, “devoción”, “santidad” y sus negativos. Ahora vamos a considerar las cuatro referencias habidas en los Evangelios.

- “En vano me honran (adoran), enseñando por doctrina los mandamientos de hombres” (Mateo 15:9; Marcos 7:7).

En ambos pasajes vemos que la tradición de los Fariseos es enemiga para con la aceptable adoración, dos casos son citados, uno tratando con el ritual del lavamiento de las manos, y el otro con la evasión en cuanto a la obligación filial de honrar a sus padres. Veamos más de cerca esta enseñanza para que podamos discernir bien aquello que debemos abolir cuando nos acercamos a Dios en adoración:

1 *Vacíos Rituales.*

- “¿Por qué transgreden tus discípulos la tradición de los ancianos. Por qué no se lavan sus manos cuando comen pan?”

No debemos pensar que el aseo personal es lo que aquí está en cuestión, el Salvador habría sido el último a condenar un lavamiento de manos anterior a la comida como un acto de decencia o aseo – los Fariseos, en cambio, aquí se estaban refiriendo a “la tradición de los ancianos”. Los bautismos o abluciones adjuntos por la tradición eran numerosos y extremadamente elaborados. Si no tuviesen agua a mano, eran obligados a andar por lo menos cinco kilómetros para procurarla. En el Tratado titulado *Schulchan Aruc* “La disposición de las mesas” (un compendio de uso Rabínico), no hay menos de veintiséis oraciones con las cuales estos lavamientos se acompañaban, y cuya negligencia suponía la pérdida de la vida venidera. Estos tradicionalistas, posteriormente, hablaban con gran admiración de cómo el Rabí Akiba, estando en prisión y dándosele tan solo el agua necesaria para preservarle vivo, prefirió morir de inanición antes que comer sin el debido ceremonial lavándose. Muchos admiran la tenacidad y convicción de un tal celo, pero debemos recordar que la declaración del Señor sobre estos actos, es que no dejan de ser totalmente “en vano”. Este lavamiento ceremonial, nos dice Marcos, se extendía a los tazones, los asientos, y vasijas de bronce. El ritual tradicional interpuesto somete y hace con que, el acto de adoración adjunto, sea – “vacío”.

2 *La evasión de lo debido.*

El Señor aquí pasa la el campo de la contienda al campamento del Fariseo. Responde a la pregunta con otra pregunta: “¿Y por qué transgredís también vosotros el mandamiento de Dios por vuestra tradición?” El caso citado era

la Farisaica evasión del mandamiento a honrar cada uno a su padre y a su madre. “Es *corban* (esto es, devotado) cualquier cosa mía que os pueda aprovechar” Con este pensamiento se le hacía ver claramente al Israelita que nada había en comparación con un Rabí que les enseñase la ley, y Lightfoot, en su *Hor. Hebr.*, cita del Talmud un idéntico lenguaje a este de Marcos 7:11.

Aquí se nos presentan a la vista dos cuestiones, cada una de las cuales es suficiente para hacer con que la adoración sea vana, esto es, la introducción del mero ritual basado sobre la tradición, y la omisión de la piedad práctica, en este caso el honor a los padres.

- “Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: Este pueblo de labios Me honra; pero sus corazones están lejos de Mí. Pues en vano Me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (Mateo 15:7-9).

Las palabras del original de Isaías 29:13 son literalmente: “un precepto enseñado de los hombres”. La Septuaginta por su vez escoge: “Enseñando las adjunciones de hombres como doctrinas”. Comparando el hebreo de Isaías 29 con el griego de Mateo 15, Turpie, en su libro “El Antiguo Testamento y el Nuevo” nos dice: “Nos fornece tres ideas adicionales – primera, que mantenían las regulaciones de hombres como siendo totalmente esenciales; segunda, que adorar a DIOS conforme a estas cosas no vale de nada, sino que sería meramente un formalismo – el cuerpo sin el alma; y tercera, que no serviría de cualquier beneficio a sus practicantes”.

Ahora debemos comparar este pasaje con Colosenses 2:

- “Enseñando por doctrina los mandamientos de hombres” (Mateo 15:9).
- “En conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres” (Colos.2:22).

Hay en Colosenses algo muy similar a lo condenable en Mateo 15: “No manejes, ni gustes, ni aun toques; cosas que todas se destruyen con el uso”. A los Colosenses se les avisa de un poder que podría espolarles de su premio, esto es, el efecto de “una vana y engañosa filosofía conforme a la tradición de hombres, según los rudimentos del mundo, y no según Cristo”.

Bien podemos también nosotros tener cuidado y retener estos saludables consejos de nuestro Señor en cuanto estamos considerando lo que sea, y no sea, la aceptable adoración. Sospecharemos de toda la tradición y el ritual, y así percibiremos que no hay sustancia alguna en la declaración “es *corban*”, pues no le permite al hombre ofrecer una aceptable adoración a *Dios*, evadiéndole de toda responsabilidad al *hombre*.

A las referencias en Lucas y Juan debemos ahora darles una consideración. “Se promulgó un decreto de *Augusto* Cesar” (Lucas 2:1). Aquí el título “Augusto” traduce *sebastos*. Una inscripción hallada en Pérgamo, erigida en honor de Augusto, dice “El Emperador, Cesar, hijo de dios, el dios *Augustus* (Gr. *Sebastos*), supervisor de toda tierra y mar”. Este mismo título *sebastos* se utilizaba indicando un cierto día especial dedicado a celebrar el honor del Emperador, y este hecho vendría a ser causa para que el celo cristiano viniese a instituir posteriormente el título “El Día del Señor” para el primer día de la semana.

El título Augusto (*sebastos*) se asocia con la adoración al Emperador, cuya adoración rápidamente se tornó una prueba para los profesantes de la fe de Cristo. Como bien podemos ver, la verdadera adoración exalta hasta el pináculo de gloria a quien se adore, y para nosotros, ese Único Exaltado no es el Cesar, sino Cristo. La referencia restante en los Evangelios se encuentra en el noveno capítulo de Juan. Se trata de la opinión registrada del hombre que había nacido ciego. Su conocimiento de la verdad era extremadamente limitado (vea el versículo 25), sin embargo, su entendimiento, parece que fue creciendo a medida que iba siendo presionado por sus interlocutores. Sus confesiones con respecto a la adoración tomaron un cariz muy práctico:

- “Si alguno es temeroso (adorador) de Dios, y hace Su voluntad, Él le oye” (Juan 9:31).

El primer concepto de adoración es algo que se rinde a Dios. Aquí se menciona uno de los frutos de la adoración, “Él le oye”, y la única efectiva condición, “y hace Su voluntad”. La adoración de Dios que viene bajo el encabezado de “veneración o reverencia” ya hemos visto que no puede provenir de la tradición, es algo más profundo que un mero servicio, algo más radical que las “diversas abluciones y las carnales ordenanzas”; no puede haber en ella asociación alguna con las doctrinas y mandamientos de

hombres, precisa la integridad moral en el adorador, y le adscribe la más sublime y alta grandeza a Aquel Quien es objeto de su adoración.

12

Adoración “A Cara Descubierta”

Hemos visto que *proskuneo* contiene la idea de reverencia, al tiempo que *Latreuo* (Filipenses 3:3), por el contrario, no contiene en sí cualquier idea de reverencia, sino simplemente se refiere hablando del servicio. *Latreuo* aparece cinco veces en el Nuevo Testamento griego, y en cada una de las ocurrencias se traduce “servicio” en la A.V. Estas ocurrencias están en Juan 16:2, “Pensarán que le rinden un servicio a Dios”; Romanos 9:4 y 12:1, “el servicio (culto, en la Reina Valera) de Dios” “El servicio (culto en la Reina Valera) razonable”; y Hebreos 9:1, y 6, “ordenanzas del servicio (culto, en la Reina Valera) divino” y “los oficios del servicio (culto, en la Reina Valera)”. *Latreuo* aparece veintiuna veces, y se traduce “adoración” cuatro veces, y “servicio” diecisiete veces. *Threskeia*, la palabra que se emplea en Colosenses en la expresión “adoración (culto, en la Reina Valera) de ángeles” se expresaría mejor por “ceremonias religiosas” y “ritual”. *Suidas* deriva la palabra por *Thracian*, Orfeo, que era quien iniciaba e introducía los misterios religiosos entre los griegos. Si esto es cierto, entonces, dicha adoración está en plena oposición, visto que su uso es antagónico con respecto al misterio divinamente revelado a Pablo, el prisionero de Jesucristo. Pero esta derivación no podemos asegurarla, es bien probable que no deje de ser una antigua especulación. Es evidente por el Canon del Concilio de Laodicea (alrededor del año 367 después de Cristo) que algunas supersticiones con respecto al “nombramiento de ángeles” se habían introducido en la iglesia, y Teodoro mantenía que esta superstición había infectado la iglesia en Colosas. Tanto si sea cierto que los Colosenses “adoraron ángeles” o si es que las palabras de Colosenses 2:18 signifiquen que habían “adoptado la religiosa actitud de ángeles”, es algo que todavía tendremos que examinar para descubrirlo. Si bien *Threskeia* se utilice fuera del Nuevo Testamento con un genitivo, nunca se construye así en el Nuevo Testamento denotando el objeto de adoración. Consecuentemente, Colosenses 2:18 debe significar “la adoración que los

ángeles ofrecen”, es decir, que los Colosenses estaban afectando una tal simulada humildad, que no estaban acercándose a Dios con el debido denuedo de acceso y confianza que poseían a través de Cristo (Efesios 3:12). Esto presupone que la adoración angelical no se caracteriza por esa tal santa confianza que nosotros sí poseemos en Cristo. Tenemos que admitir que carecemos de una buena base en el asunto, pero, si concordamos que los Serafines de Isaías 6 han de ser ocupando cargos al menos tan altos en el mundo espiritual como los ángeles, si no más, entonces nos tenemos que confrontar con el hecho de que, cuando estos santos seres se mantenían en la presencia del Señor, utilizaban dos de sus seis alas para cubrir sus rostros, y otras dos para cubrir sus pies (Isaías 6:2).

En contraste con esto, como además en contraste con el velo del rostro de Moisés bajo el Antiguo Pacto, tenemos

- “Donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando A CARA DESCUBIERTA como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el espíritu del Señor” (2ª Corintios 3:17, 18).

Aquí las palabras “a cara descubierta” serían mejor traducidas “a cara desvelada” para que la verdadera conexión con el “velo” de los versículos 13, 14, 15 y 16 se pudiese percibir bien. La ley de Moisés fue “ordenada por ángeles en manos de un Mediador” (Gálatas 3:19); la ley se recibió “por disposición de ángeles” (Hechos 7:53); la palabra “dicha por medio de los ángeles fue firme” (Hebr.2:2). Estos pasajes son bien conocidos de nuestros lectores, pero lo que tal vez no reconozcan es que estos pasajes, y Colosenses 2:18 se vinculan juntamente por las referencias al carácter transitorio de la adoración esencialmente asociada con la ley dada por mediación de ángeles.

El relato de Esteban. - Al final de la declaración de Esteban vienen las palabras citadas anteriormente de hechos 7, este discurso se introduce por la acusación pronunciada contra él:

- “Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este lugar santo y contra la ley; pues le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dio Moisés. Entonces todos los que estaban sentados en el Concilio, al

fijar los ojos en él, vieron el rostro como *el rostro de un ángel*” (Hechos 6:13-15).

El relato de Pablo a los Gálatas. –

- “La ley...fue ordenada por medio de ángeles en mano de un Mediador” (Gálatas 3:19).
- “Me recibisteis como a un ángel de Dios” (Gálatas 4:14).
- “Si aún nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente” (Gálatas 1:8).
- “Débiles y pobres rudimentos...Guardáis los días, los meses, los tiempos, y los años” (Gálatas 4:9, 10).

Aquí, una vez más, observamos algo similar. Tenemos la referencia a los ángeles y la ley dada, y al mismo tiempo, tal como en el caso de Esteban, se hace una referencia a la manera cómo recibieron a Pablo, como *a un ángel de Dios*. Además, exactamente igual que en el caso de Esteban, donde tenemos la acusación concerniente a “este santo lugar” y a los “ritos” que ya no estaban vigentes, de igual modo aquí, el ritual observando los “días”, se describe como un “débil y pobre rudimento”.

En Hebreos tenemos la ley dada por medio de ángeles (Hebr.2:4), la sumisión de los ángeles ahora que la dispensación había cambiado (Hebr.1:4, 5) y la puesta de parte del ritual religioso del Antiguo Testamento, siendo que la ley no pasaba de ser sino “una sombra de las buenas cosas venideras”, y el servicio del tabernáculo en su gran mayoría compuesto de “carnales ordenanzas” (Hebr.10:1; 9:10).

Así pues, cuando venimos a Colosenses, que fuertemente reprende en contra de “la adoración de ángeles”, encontramos que “la escritura de las ordenanzas han sido anuladas”; observancias tales como la comida, la bebida, los días santos, las lunas nuevas y los días de reposo son descritas como “sombras de las cosas venideras”, y que el creyente ha muerto con Cristo, siendo así liberto de los rudimentos del mundo, y ya no está debajo de ordenanzas.

13

Adoración

El uso de la especial palabra “adoración” en los Hechos

Hemos visto que la palabra *proskuneo*, “adoración”, no aparece en las epístolas en prisión de Pablo, y que si *Latreuo*, traducida “adoración” en Filipenses 3.3 hubiese sido traducida “servicio” (tal como en la Reina Valera) como en la mayoría de las referencias, la palabra adoración habría estado totalmente ausente de las epístolas del Misterio. Esta ausencia de referencias a la adoración es algo que demanda una explicación, y vemos que en Filipenses, donde *Latreuo* se emplea, es una epístola de servicio. Encontramos el servicio en el primer versículo de la epístola, y el servicio se ilustra en la humillación de Aquel quien era originalmente en la “forma de Dios”, y además, Timoteo es recomendado por “servir como lo hace un hijo para con su padre”. El servicio como un hijo es un vasto concepto de adoración muy diferente de las ceremonias y sombras de la adoración se llevaba a cabo por la ley. Ya hemos visto que la adoración muda en su enfoque a medida que la dispensación muda en su carácter. Una palabra más nos aguarda en nuestras investigaciones, esto es, *sebomai* y sus derivados, especialmente en cuanto a las formas de esta palabra como aparecen en las epístolas de Timoteo y de Tito. Las referencias en los Hechos, tal como ya vimos previamente, son diecisiete en número. Tres de ellas, no en tanto, son el nombre *Augusto*, que vimos en un artículo previo en Lucas 2:1, esto nos deja para clasificar catorce ocurrencias, y de estas catorce, diez nos hablan de la *piedad* personal, y utiliza expresiones tales como “santidad”, “devoción”, y “religión” de los apóstoles, los Judíos, y creyentes judaicos o prosélitos; una ocurrencia dice respecto de Lidia, que era una adoradora de Dios, la restante referencia nos refiere la adoración idolátrica de los Atenienses y Efesios.

Aquí, por tanto, tenemos una palabra, tan amplia en su aplicación, que puede ser empleada en el mismo trato y al mismo tiempo hablando de la adoración del verdadero Dios, la adoración de ídolos, de la santidad personal de un apóstol, y del devoto carácter judaico de los Gentiles o

prosélitos. Veamos en primer lugar las referencias que tratan con la idolatría Pagana. Estas son Hechos 17:23 y 19:27.

- “Porque pasando y mirando vuestros *santuarios*, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO, al que vosotros *adoráis*, pues, sin conocerle, es a Quien yo os anuncio” (Hechos 17:23).

Aquí tenemos *sebasma* “devotos santuarios” y *eusebeo* “adoración”. No somos llamados a introducirnos en la exacta natura de esta idolatría. Observamos que aparece sobresaliendo un altar, lo cual generalmente indica una ofrenda sacrificial, y donde se procuraba “sentir” (vers.27) Aquel Quien era “desconocido”, y ellos, “ignorantemente”, adoraban.

En la expansión que viene a seguir, en el original, también aparece la palabra “adoración” en el versículo 25: “Ni es *honrado* por manos de hombres, como si necesitase de algo”.

La palabra así traducida todavía no la habíamos visto en estos estudios. Es la palabra griega *Therapeuo*, la mayoría de las veces traducida “sanidad” tal como la palabra “terapéutico” implica en castellano. *Therapon* se emplea una vez hablando de Moisés “un siervo” en Hebreos 3.5. Conybeare y Howson traduce *Therapeuo* en Hechos 17:25 por la palabra “servido”, y Farrar en su libro “Vida y Obra de S. Pablo” traduce así el versículo: “

- “El Dios que hizo el Universo y todas las cosas en él, siendo en natura (*huparchon*) Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos de manos humanas, ni precisa de nada, como si tuviese que ser *servido* de manos humanas”,

Y añade esta nota al margen, “*therapeutai*” “ser servido”, y no “ser adorado”, lo cual carecería de sentido si se aplicase a “las manos”. Significa depositar ofrendas en el altar, etc.”.

Esta es la vía en la cual el apóstol se refiere a la “adoración” de los atenienses. En una serie de artículos del Volumen 30, en la página 99 tenemos una estructura de Hechos 19:21 – 21.19, donde los miembros del comienzo y del final se leen:

- A| 19:21 – 21:4: El ALBOROTO (*thorubos* tumulto 20:1). El Templo en Éfeso.
- A| 21:27-39: El ALBOROTO (*thorubos* tumulto 21.34). El Templo en Jerusalén.

Hay más cosas en esta correspondencia de lo que puede parecer a simple vista. El templo en Jerusalén se pone al mismo nivel que el templo de Diana de los efesios. Esto se hace manifiesto por una serie de paralelos. Así como los efesios, sabiendo que Alejandro era un judío, no les daría oídos, y sin embargo gritaron durante dos horas, “Grande es Diana de los efesios”, de igual modo los Judíos, escuchando el nombramiento de la palabra “Gentiles” por labios de Pablo, alzaron sus voces y dijeron: “Quita de la tierra al tal hombre”. Los idólatras efesios acusaron a Pablo de persuadir y confundir a la gente, pues decía que no eran dioses los que se hacían con las manos; los celosos Judíos dijeron de Pablo: “Este es el hombre que en todas partes enseña contra el pueblo, y la ley, y este lugar”.

Así como Pablo aviso a los Gálatas que su degradación, pasando de la alta posición de un “hijo” a las observancias de los ritos de “días, y meses y tiempos, y años”, era como si se hubiesen vuelto tan esclavos como aquellos que servían a los que por naturaleza no son dioses (Gálatas 4:7-11), del mismo modo vinculó el vano ritual del Judaísmo a la vana adoración ofrecida por los idólatras efesios.

La acusación hecha por los Judíos contra Pablo se cristaliza en un versículo:

- “Éste persuade a los hombres a honrar (adorar) a Dios contra la ley” (Hechos 18:13).

Admitían que su enseñanza conducía a los hombres a adorar a Dios, lo que condenaban era, en su estimativa, que fuese de manera “contraria a la ley”, lo cual era benditamente cierto. El legalismo ya no se tolera en la adoración del Dios de gracia, así como tampoco en la predicación del evangelio de la gracia. Dos personas se mencionan por nombre entre aquellos quienes “adoraban a Dios” y, de manera muy significativa, de ambas se dice que hicieron una misma cosa como resultado: *abrieron las puertas de sus casas al Apóstol*. Una era Lidia de Tiatira, el otro Justo de Corinto.

- “Una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo, y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía. Y cuando fue bautizada, y su familia, nos rogó diciendo: Entrad en mi casa, y posad en ella, y nos obligó a quedarnos” (Hechos 16:14, 15).
- “Yo, limpio; desde ahora me iré a los Gentiles. Y saliendo de allí, se fue a la casa de uno llamado Justo, temeroso (adorador) de Dios, la cual estaba junto a la sinagoga. Y Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa” (Hechos 18:6-8).

En Filipo no había sinagogas, y el único local para adorar era cerca del río, en la casa de Lidia. En Corinto la sinagoga es puesta de lado debido a su repudio, y pasa a ser una simple casa el centro de la verdad y de luz. Y así continuamente nos señala el testimonio del libro que nos alejemos de las observancias religiosas y de los locales hechos con manos, y nos acerquemos a la más alta y sublime adoración espiritual de todos cuantos se glorían en Cristo Jesús, y no tienen confianza alguna en la carne.

Los restantes pasajes no se refieren tanto al acto de adorar, sino más bien a la conducta o manera de conducirse que la persona del adorador debe mantener. Pedro emplea la palabra *eusebeia* cuando dice:

- “Varones Israelitas, ¿Por qué os maravilláis de esto, o por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o *piEDAD* hubiésemos hecho andar a éste? (Hechos 3:12).

Esta palabra *eusebeia* se traduce en muchas partes como aquí, “piEDAD”, sobre todo en las epístolas a Timoteo y a Tito.

En Hechos 10:2 y 7 se emplea tanto de Cornelio como de uno de los soldados que tenía a su servicio; en ambos casos se utiliza *eusebeia*, en uno traducida “piadoso” y en el otro “devoto”. Esta devoción se manifestaba por el hecho de que Cornelio (1) “era temeroso de Dios con toda su casa”, (2) “daba muchas limosnas al pueblo”, y (3) “oraba a Dios siempre”. Era evidentemente un prosélito. En Hechos 13:43 leemos de los “piadosos prosélitos” (*sebomai*) y esta misma palabra se encuentra además en el versículo 50 hablando de las piadosas y distinguidas mujeres que se sumaron a la persecución movida contra los discípulos a manos de los Judíos. *Sebomai* la volvemos a encontrar en Hechos 17:4 y 17, donde se

refiere a “griegos piadosos” y la “gente piadosa” que oyeron el evangelio en Tesalónica y en Atenas.

Por último uso se refiere a Ananías en Hechos 22:12 como siendo, “un varón piadoso según la ley”.

Aquí se acaban las referencias a *sebomai* y sus derivadas en los Hechos. Se halla en asociación con la ignorante adoración de los atenienses, la pervertida adoración de los efesios, la verdadera adoración de los creyentes, y se acompaña de la piedad y las calurosas virtudes que de manera tan insistente se nos presentan en las epístolas posteriores de Pablo. Ahora está despejado el camino para poder proseguir nuestro estudio en las epístolas en sí, empleando todo cuanto hemos descubierto para apreciar de mejor manera la distinta natura de la adoración que debe caracterizar a todos aquellos cuya esfera de bendición se halla, “Donde Cristo está sentado a la diestra de Dios”.

14

Adoración

Resumen

Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante del Señor nuestro Hacedor (Salmo 95:6).

Muchas son las veces que leemos acerca de la adoración en el Antiguo Testamento, sin embargo, las referencias son menos frecuentes en el Nuevo, y difícilmente encontramos cualquier mención suya en las Epístolas en Prisión.

El texto que citamos encima es bien conocido, y contiene una invitación a la adoración, a postrarnos y arrodillarnos delante de nuestro Hacedor. La razón se nos da en el versículo siguiente: “Porque Él es nuestro Dios; nosotros el pueblo de Su prado, y ovejas de Su mano”. Nuestros pensamientos se vuelven de inmediato al Salmo 23, “El Señor es mi pastor, nada me faltará”.

El Salmo 95 comienza diciendo: “Venid, aclamemos alegremente a Jehová”, y los versículos siguientes, hasta que llegamos a nuestra cita,

conforma una base y el antecedente para nuestra adoración, “Lleguemos ante Su presencia (Su faz) con alabanzas; aclamémosle con cánticos; porque Jehová es Dios grande”. Se nos recuerda que Él es el Creador y Quien formó la tierra, Suyo es también el mar. Así que, en nuestra adoración, venimos a estar en la presencia (Su faz) del gran Dios, y permanecemos, o nos arrodillamos, delante de Su faz. Venimos con regocijo y con alabanzas, y cantamos para nuestro Señor.

La palabra hebrea más común que se traduce “adoración” es *shachah* y nos transmite el *inclinarse*, la postración. Aparece más de 170 veces. La primera ocurrencia está en Génesis 22:5 y es en el contexto del sacrificio. A Abraham se le pide que ofrezca a su único hijo como una ofrenda en holocausto. Él toma consigo a dos hombres, y cuando se hallaron en vista del monte donde la ofrenda debía realizarse, avisó diciéndoles a los dos varones que aguardasen allí con el asno, mientras que él y el muchacho (Isaac) “iremos hasta allí y adoraremos”. Así pues, en esta primera ocurrencia, vemos bien que hay un vínculo entre *adoración* y *sacrificio*.

Otras referencias conteniendo *shachah* como ejemplos son:

- “El hombre entonces se inclinó, y adoró a Jehová” (Gén.24:26).
- “Entonces Josafat se inclinó rostro a tierra, y asimismo todo Judá y los moradores de Jerusalén se postraron delante de Jehová, y adoraron a Jehová” (2ª Crónicas 20:18).
- “Bendijo entonces Esdras a Jehová, Dios grande, y todo el pueblo respondió: ¡Amén! ¡Amén! Alzando sus manos; y se humillaron y adoraron a Jehová inclinados a tierra (Nehemías 8:6).

En el libro de Daniel la palabra hebrea *segad* aparece 12 veces, y se traduce “adoración”. Significa postrarse o inclinarse haciendo reverencia. La frase “postrarse y adorar a la imagen de oro” aparece varias veces, por ejemplo, en Daniel 3:5. Un acontecimiento remarcable se nos presenta en Daniel 2:46. Daniel le trae a la memoria su sueño al rey y le da su interpretación. Entonces leemos:

- “El rey Nabucodonosor se postró sobre su rostro y se humilló (adoró) ante Daniel, y mandó que le ofreciesen presentes e incienso”.

Aquí debemos hacer una pausa para reflexionar sobre la palabra inglesa “adoración” que transmite además de adoración, honor, homenaje,

reverencia, y veneración. Su uso en la antigüedad no era tan restricto como al día de hoy. Wyclife traduce Juan 12:26 “Si alguno Me sirviere, Mi Padre le adorará”. Esta frase aparece así al día actual en la A.V., (y en la Reina Valera): “Si alguno Me sirviere, Mi Padre le honrará”.

En Lucas 14:10 leemos en la A.V., “amigo, sube más arriba; entonces tendrás adoración (gloria, en la Reina Valera) delante de los que se sientan contigo a la mesa”. La palabra se deriva del anglosajón con el sentido de “dignidad”. La adoración podría traducirse con este sentido en el reconocimiento de “dignidad”. Podemos ver esta conexión examinando Apocalipsis 5:12:

- “Decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es *digno* de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”.

Y en el versículo 14:

- “Y los cuatros seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos”.

Así pues, en la adoración a Dios, lo que hacemos es adscribirle Su grandeza como Creador: el poder, la gloria y majestad etc.

Hemos hecho mención de *shachah*, pero hay otra palabra hebrea que aparece con frecuencia. Es *abad*, que, aunque algunas veces se traduce adoración, es más común que tenga el sentido de “servir”. Si hacemos un estudio detallado del uso de estas dos palabras, veremos que nunca aparecen juntas. No queremos ser dogmáticos, pero hasta ahora, y hasta donde hemos llegado investigando, nos parece que no hay ni un único pasaje en el Antiguo Testamento donde “servir” y “adorar” aparezcan juntas cuando el contexto se relaciona con *la adoración de Dios*. Por otro lado, tenemos diecinueve referencias donde las palabras vienen juntas en relación con *la adoración de otros dioses*.

El espacio que disponemos no nos permite examinar las implicaciones de estos hechos, así que debemos contentarnos con una cita del Análisis Alfabético a su respecto en la página 383:

- "...en la observancia de las fiestas del Señor, y los Sabbath, se reitera enfáticamente que “no se hagan, celebrándolos, trabajos *serviles* de ninguna especie”. “Servilismo” y “adoración” no pueden venir al pensamiento juntamente...”.

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, encontramos que la palabra griega más frecuentemente utilizada es *proskuneo*, y aparece 60 veces. La Concordancia de Young nos da el significado: “besar la mano – adorar”, y C.H. Welch pone: “besar la mano (de alguno), en señal de reverencia”. En los ejemplos del Antiguo Testamento bien podemos ver que el beso se asocia con la adoración. Es provechoso analizar la vía por la cual se emplea esta palabra en el Nuevo testamento.

En los Evangelios: Mat. (13 veces), Mar (2), Lucas (3), Juan (11) –	29
En el periodo de Hechos (4), 1ª Cor. (1), Hebr. (2).....	- 7
En el libro del Apocalipsis.....	- 24
En las Epístolas en Prisión (0).....	- 0
	Total -----
	60 veces.

El Único Quien recibe adoración en el Antiguo Testamento es el Señor, que algunas veces se refiere como siendo “el Señor Tu Dios”. En el Nuevo Testamento (La Revelación) la adoración se ofrece a “Dios” o “Aquel que hizo el cielo y la tierra”. Sin embargo en Juan, cuando nuestro Señor se dirige hablando a la mujer en el pozo de Samaria, le dice que el “Padre” procura adoradores.

Es en Juan 4 que tenemos por fin alguna instrucción acerca de la adoración. Debemos leer muy cuidadosamente los versículos 20 a 24. La mujer samaritana le preguntó dónde debía ofrecerse la adoración, si “en el monte” o “en Jerusalén”. Cristo le respondió que se estaba acercando el tiempo cuando ni el lugar ni las ceremonias serían ya más contempladas. Dios es Espíritu, y deberíamos adorarle en espíritu y en verdad. El padre estaba procurando a los tales para que le adorasen. Sin embargo, cuando llegamos a las Epístolas en Prisión, no podemos encontrar la palabra griega *proskuneo* por ninguna parte. Tan solo en Filipenses 3:3 encontramos (en la A.V.) la palabra adorar: “Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu adoramos (servimos, en la Reina Valera) a Dios, y no tenemos confianza alguna en la carne”. La palabra griega que aquí se emplea es *Latreuo* y aparece 21 veces, siendo que en la gran mayoría de las veces se

traduce “servir” (tal como bien traduce la Reina Valera). Así pues, la palabra debería haber sido traducida “servir” en Filipenses 3:3, para concordar con los demás pasajes. Filipenses 1:1 describe a Pablo como siendo el siervo de Dios. Filipenses 2.17 refiere el “sacrificio y servicio de vuestra fe”. Nosotros continuamos a adorar a Dios el Padre, Quien es digno, pero jamás adoraremos con externos escenarios de apariencia. Nuestra verdadera adoración es en espíritu, y comulgamos con nuestro Padre en corazón y pensamiento. Procuremos, pues, hacer la voluntad del Padre y servirle fielmente.